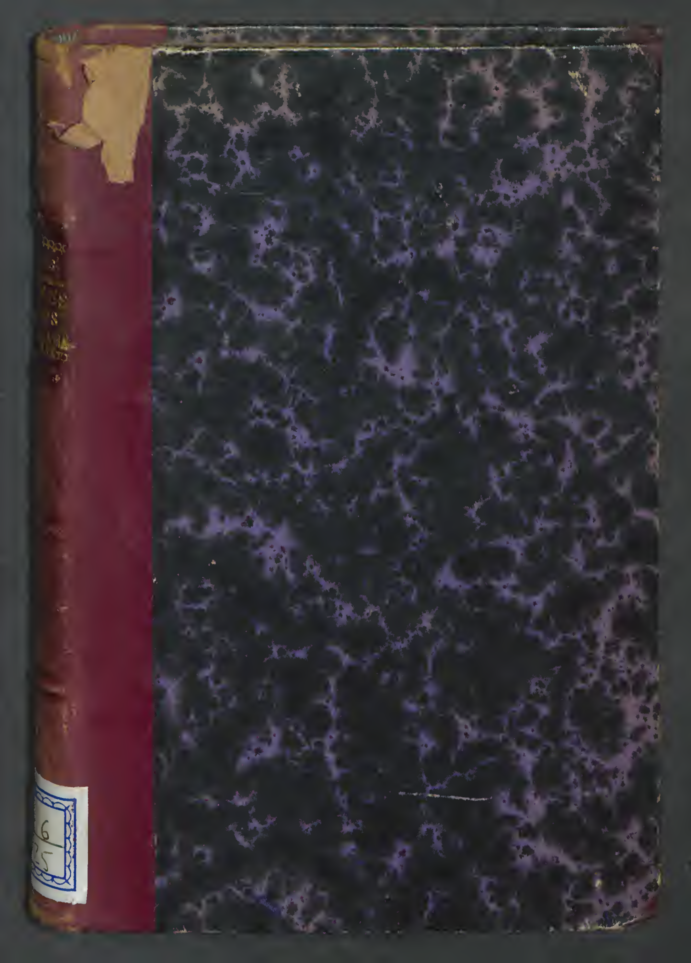


AMANTINA COBOS DE VILLALOBOS

Mujeres célebres sevillanas



SEVILLA
Imp. de F. Díaz y Comp.ª—P. Alfonso XIII, 6
1917





Al sabio maestro de la buena literatura, D. Luis Montoto y Rautenstrauch, inspirado poeta y doctísimo escritor, con la mayor veneración y cariño

La Autora

Amantina Cobos de Villalobos

Mujeres célebres sevillanas

CON UN PRÓLOGO

DEL

ILTMO. SR. D. LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

CRONISTA DE LA CIUDAD



SEVILLA

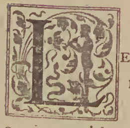
Imp. de F. Díaz y Comp.ª—P. Alfonso XIII, 6

1917





POR VÍA DE PRÓLOGO

ECTOR benévolo: esta obra no ha menester prólogo, ni como explicación de su contenido, ni como recomendación anticipada; porque dice cuánto quiere decir, y lo dice tan claro, que, cual arroyo cristalino, deja ver su fondo al través de sus límpios cristales; y lo que contiene es de tal calidad, que por sí misma se recomienda. Pero su autora, la discreta y sentida literata doña Amantina Cobos de Villalobos, que, por la muestra, promete muchos y sabrosos frutos, quiere que yo escriba

unas líneas al frente de su primera producción; y ¿quién, que de caballero se precie, en esta tierra de la hidalguía, desatenderá las indicaciones, no ya el mandato, de una dama? Nada favorece a la ilustre escritora la pobre ofrenda de mi torpe pluma, y para mí es honra muy señalada unir al suyo esclarecido mi desautorizado nombre. Quizá tuvo en cuenta, al encomendar al último de los escritores sevillanos la redacción de este prefacio, que, por los años, soy el primero, o, lo que es lo mismo, que por la edad me aventajo a todos, y no cedo a ninguno en amor a nuestra Sevilla.

¿Hallaste, lector discreto, libro más amable que este que tienes bajo tu vista? Obra de una mujer dechado de discreción e ingenio, sale a la luz de la publicidad en la incomparable Sevilla, que tiene alma de mujer, quiero decir, que es cifra de los más sutiles y

exquisitos pensamientos; y trata de las mujeres sevillanas.

Escrito en prosa y verso, la una y el otro son la expresión de un fondo poético de muchos quilates. La prosa es fluida y clara; no extrema lo castizo del idioma, pero se levanta sobre lo rastrero y lo vulgar; transparenta el pensamiento y lo lleva a la inteligencia del lector por el camino más llano: ni le sofoca la hojarasca, ni la desfiguran el retoque y el aliño. En esta parte, más que por un libro escrito, téngolo por un libro hablado. Y cuenta que su autora habla como piensa, y piensa muy limpio y claro.

No es menos valiosa la parte escrita en verso. La poetisa se valió adrede de una sola combinación métrica; molde estimado en tanto, que el gran Miguel de Cervantes diputó por honra principal de sus escritos aquel en que vació su gracia y su donaire ante

el túmulo levantado en nuestra Basílica para las honras de Felipe II. Acertada estuvo en la elección: el precepto terenciano, *ne quid nimis*—a mi intento, decir mucho con pocas palabras—, se cumple a maravilla en el buen soneto. Sin sobriedad no hay arte.

Las piezas poéticas engastadas como perlas en este libro, son, valiéndome de la fraseología al uso—fraseología más de pentágrama que de diccionario—, notas, y notas de color—aquí de la fraseología pictórica—, que nos hacen pensar, sentir y ver en totalidad con los ojos del espíritu las almas de las mujeres retratadas a la pluma con fidelidad pasmosa. La autora penetró en aquellas almas privilegiadas y recogió su ritmo para comunicarlo con el corazón de los lectores.

Pero me aparto de mi propósito, lector bueno. Eres tú, no soy yo, quien,

a la postre, ha de juzgar este libro; y si, como espero, te parece de perlas, en tu juicio no influirá mi parecer humilde. Tuviera yo la autoridad que otros, sobre base más o menos sólida cimentada, y me atrevería, ciñéndome ínfulas de maestro, a escribir largo y tendido, y hablar en tono doctoral de la labor literaria de doña Amantina Cobos, para que mi recomendación te ahorrase el esfuerzo del discurso y de la crítica. Sí quiero decirte, que estas páginas no son alimento del vulgo. Para gustar manjares exquisitos es menester un paladar delicado. El polvillo de oro de las alas de la mariposa no es el grano de arena que huella la planta del camello. Hay olfato que no percibe la sensación del aroma de la rosa, y se deleita con el olor del tabaco.

*
* *

Sevilla fué luz del mundo, y la mujer el fuego que mantiene encendida esa luz. Númen de nuestros grandes hombres—aborígenes, romanos, godos, árabes, españoles—, la andaluza, la sevillana, nos llevó a los grandes triunfos del espíritu, por los cuales se consolidó la patria.

Enamorada de Andalucía, la autora de este libro se apasionó de la mujer de Sevilla, que es, con éste u otro nombre—gaditana, cordobesa, granadina, etc., etc—, el alma de nuestra región; y fruto de su amor ardentísimo son las páginas escritas con la encantadora espontaneidad con que el sentimiento brota de los corazones sencillos.

No pretendió alardear de erudita, ni reseñar, siquiera de pasada, todas y cada una de las sevillanas famosas. No se aviene lo uno con su natural modesto; lo otro sería labor para mu-

chos volúmenes. Quienes quieran un índice de las mujeres sevillanas que lucieron en los siglos pasados, búsquenlo en Arana de Valflora y en Justino Matute, sin preterir la obra meritísima de Serrano y Sanz.

Nuestra autora no contribuye para la erudición en tanto grado como aquellos escritores; pero supo darnos la sensación de muchas almas, penetrando en el corazón de las protagonistas de su libro, disecando sus fibras y libando sus mieles.

En una mujer compendia una edad.

El sentimiento religioso se llama Justa, Rufina y Gregoria de Santa Teresa. Leonor Dávalos es el pudor; la castidad inmaculada, D.ª María Coronel, y D.ª Guiomar Manuel y Catalina de Ribera, la caridad ardiente.

La Sevilla mística, que se encierra en el cláustro, es la monja de Madre de Dios, muerta en olor de santidad,

a cuyo alrededor surge la leyenda, esa voz de las verdades íntimas.

La Sevilla artística es la Roldana, compitiendo con Torrijiano y Martínez Montañés, de quien dice uno de sus biógrafos, que fué virtuosa en su conducta, y para trabajar en efigies de Cristo y de su Santísima Madre, se preparaba con la confesión sacramental y sagrada comunión, y al ejecutarlas se movía tanto de divinos afectos, que derramaba muchas lágrimas.

La Sevilla literaria contemporánea es la legión de damas que desfilan ante nuestros ojos; el cortejo de viajeras melancólicas que caminan en busca de lo ideal, como la dulce Ofelia, cantando y cogiendo flores: Amparo del Baño, ignorada en vida y glorificada en muerte, aquejada del mal de la duda, ese gusano roedor que se halla en el fondo de todo conocimiento humano; Antonia Díaz de Lamarque, recluída en

el santuario de su casa para vivir consagrada al amor de su esposo y al culto de la poesía; Concepción de Estevarena, alma que no llegó a encarnar y voló por la vida como aroma o como suspiro; María Tixe, la madre desolada, la mística de las místicas, cuyos versos son granos de incienso quemados en el altar, y cuyos libros rezan, como el dolor y la fe, subiendo hasta el Altísimo; Mercedes de Velilla, sensitiva y violeta para el mundo, siempreviva para sus muertos, melancólica en sus mocedades, apesadumbrada luego por los sinsabores de la vida; Blanca de los Rios, estrella de de primera magnitud en el cielo del arte literario, de pensamiento viril, nutrido por savia española; y otras, y otras, mujeres singulares, flores de los campos, que desdeñan las gentes de la ciudad, y son el más preciado adorno de las sencillas labradoras, que las te-

jen en guirnaldas para ceñir sus sienes y ornar sus cabellos, o para ofrecerlas a los amados de su corazón.

La Sevilla que canta es Elisa Villar de Volpini, voz de los ruiseñores de nuestras umbrías; mujer-espíritu, intérprete fiel de las sublimes creaciones de Donizetti y Bellini.

La Sevilla de la majeza es Amparo Alvarez, cuyo sueño arrullaron las alegres campanas de la Giralda; mujer alada que paseó por Europa el aire y el donaire de la andaluza, expresados por los revueltos giros de una danza todo alegría, cálida, sí, como nuestro suelo, pero recatada, como la dama española.

La gracia andaluza, la gracia sevillana, que tiene mucho de la sal que viene de las playas gaditanas y levantinas, salpicadas de las espumas de que se vistió la Venus mitológica al salir de los mares, y no poco del hierro

con que se tiñen los ríos onubenses, y algo de las mieses granadinas fundidas por el fuego que las abrasa al resbalar por tierras siempre fértiles, conservando la quinta esencia del alma de una raza proscrita; chispa de un sol que jamás se pone, sal, hierro y líquidos cristales, inspiró el libro con que una mujer, nacida en las bravías tierras leonesas, pero trasplantada a las de Andalucía, ofrenda a la mujer sevillana.

Bien merece de Sevilla D.ª Amantina Cobos de Villalobos. Su libro es una perla más para la corona que ciñe esta augusta ciudad, para la cual el tiempo plegó sus alas y clavó su rueda.

Hónrela Sevilla y, en especial, la mujer sevillana; porque este libro es un altar levantado para su glorificación. En él ofician el sentimiento religioso y el sentimiento artístico; las alas del corazón de la andaluza.

Aspirando el aroma que exhalan estas páginas, sentimos la influencia de la mujer que mantiene inhiestos los muros del hogar cristiano, amamantando a sus hijos en el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría; que, abrasada por el fuego de la caridad, levanta albergues para el desvalido; que constituye el pudor en dogma de una religión salvadora; que acude solícita al taller y la fábrica, sin desatender los cuidados de la casa, compartiendo con su marido el yugo del trabajo; cuyas entrañas palpitan siempre movidas por el amor de madre, de que emanan todos los amores; resignada en el dolor y comedida en las prosperidades; prudente en la fiesta, sufrida en el duelo; humilde y llana, discreta e ingeniosa.

Artista en todo momento, la sevillana vibra, como laud harmónico, a impulsos de un espíritu superior, hálito

de las tierras benditas del prototipo de las mujeres, la Madre de Dios Santísima, de la cual es fama que cubre con su manto a la bienaventurada Sevilla.

Bebe, lector discreto, las aguas puras que brotan de este libro, fuente limpia y serena, y amarás a la mujer sevillana, si aconteciere que, por tu desdicha, no adoraste en ella antes de ahora. Y absuélveme del pecado de este prólogo.

LUIS MONTOTO

MUJERES CÉLEBRES SEVILLANAS

Blanca de los Ríos de Lampérez

Pulsó la lira, y de sus cuerdas de oro
brotaron, entre dulce melodía,
el madrigal de mieles y ambrosía
y el romance, magnífico y sonoro.

De su obra excelsa el mundo canta a coro
la belleza que encanta y extasía,
y es su gallarda y dulce poesía
de la hispanas letras el tesoro.

¡Sed para los que suben al Parnaso
musa que guíe su cansado paso,
que el cielo os concedió, Blanca divina,

de modo tal que nadie la supera,
la inspiración de Calderón y Herrera
con las dulces ternuras de Cetina!

APUNTES BIOGRAFICOS

Blanca de los Ríos de Lampérez

(Siglo XIX al XX)

Hija ilustre de esta ciudad venturosa que tantas celebridades ha producido, es la insigne dama, cuyo nombre va al frente de estas líneas, y una de las primeras figuras de la literatura contemporánea. Nació en la calle Francos y fueron sus padres, el célebre arquitecto, ilustrísimo Sr. D. Demetrio de los Ríos y la virtuosa señora D.ª María Teresa Mostench, ambos de esclarecido linaje.

Muy joven aún, después de morir su madre, salió D.ª Blanca de Sevilla y casó en Madrid con el famoso arquitecto y sabio escritor, D. Vicente Lampérez. A partir de esta época, la vida literaria de la ilustre poetisa, fué desenvolviéndose a la manera de esas magníficas auroras boreales, cuyas bellezas nos relatan los viajeros: primero, el blanco y suave resplandor de sus encantadoras poesías, luego, la luz vivísima de sus

novelas y narraciones vibrantes, plenas de sentimientos elevadós y de nobilísimas gallardías, y, por último, en sus conferencias y obras de erudición, los destellos deslumbradores y la explosión del genio, que al llegar á su grado máximo, encanta, subyuga y maravilla.

Pocas veces un escritor ha cultivado distintos géneros literarios, con la fortuna y brillantez que la señora de los Ríos. Salen de su pluma privilegiada con igual galanura y facilidad, los más sonoros versos que se escriben en lengua castellana y la más atildada y castiza prosa, que nos hace recordar el gran apogeo de la literatura nacional.

Blanca de los Ríos, cuyas obras han sido traducidas á casi todos los idiomas de Europa, ha hecho desaparecer la leyenda que respecto a la incultura de la mujer española se tenía en el extranjero, poniendo el prestigio de nuestro sexo en las gloriosas cumbres de un feminismo bien entendido.

No es empresa para noveles plumas hacer la crítica de las obras de D.ª Blanca y hasta sobrado atrevimiento parecerían los elogios de aquellos qne empiezan su carrera literaria, cuando tantos y tan unánimes le han

prodigado nuestros más célebres escritores, entre ellos, el inmortal Menéndez y Pelayo, que puso un prólogo á su libro «Del siglo de oro»; pero, aunque ligeramente, reseñaré algunas obras de las que han dado fama mundial a esta sevillana ilustre.

Entre sus poesías deben ocupar un puesto preferente, el «Romancero de D. Jaime», citado como gallardo modelo de romance castellano. «Esperanzas y recuerdos», es otro libro de inspiradas composiciones, que revelan en su autora una exquisita intuición artística, y «Los funerales de César», de tan elevado numen, que difícilmente se escribirá nada que le aventaje.

Varios tomos de cuentos ha publicado D. Blanca, alcanzando con ellos un éxito enorme; muchos han sido traducidos a diversos idiomas, siendo notabilísimos «La rondeña», de intenso dramatismo; «La cabeza enamorada», estudio psicológico, de admirable observación, y «La saeta», narración conmovedora, que se desenvuelve en un ambiente del más puro sevillanismo y de la más acendrada fe. En otra colección de cuentos, que lleva por título «El tesoro de Sorbas», y que, según frases de un crítico

notable, es un verdadero tesoro de la literatura contemporánea; campean, «Siega de rosas», donde la autora ha llevado toda la luz del cielo de su país, todos los balsámicos olores de sus campos y de sus jardines... «La iluminadora», «El leoncillo», «Romanticismo» y otros más, en los que, ya la nota sentimental, ya la trágica, llegan con sus exquisitas vibraciones, hasta el fondo del corazón enamorado de la belleza.

Sus novelas son intensamente bellas, «Madrid goyesco», es un cuadro de cálidos tonos, en el que pinta la vida rumbosa y apasionada del Madrid de los barrios bajos, y en «Las hijas de D. Juan», describe las grandezas atávicas y las miserias presentes de una sociedad en decadencia; pero todo ello, como dignificado y ennoblecido por el espíritu aristocrático de la ilustre escritora.

El Ateneo de Sevilla, para conmemorar el tercer centenario de la muerte del glorioso autor del Quijote, invitó á la Sra. de los Rios, a dar una conferencia cervantina. Aceptó la ilustre dama, y dejando perentorios y abrumadores trabajos, llegó á su ciudad natal el 31 de Marzo del año 1916, tributándosele un cariñosísimo recibimiento.

El día 1.º de Abril, el teatro Lloréns ofrecía deslumbrador aspecto, totalmente ocupado por un numeroso y selectísimo público. Apareció en el escenario D.ª Blanca, vestida con sobria elegancia, y apenas empezó á leer su conferencia, «Sevilla cuna del Quijote», sintiéronse los espectadores como subyugados por aquellas galas del saber y aquellos primores del decir, y al fin, el entusiasmo se exteriorizó en una ovación inmensa, formidable, hija legítima de la admiración y del cariño.

Desde entonces, la figura de D.ª Blanca, de una delicada brevedad, agrandóse de manera notable a los ojos de la Sevilla intelectual y prestigiosa, y acudieron en incesante peregrinación al Hotel de Madrid, donde se hospedaba la dama, no sólo los favorecidos del talento y la fortuna, sino los humildes viandantes de los caminos de la gloria, ávidos de oir de los labios de la dulce poetisa de ojos azules y hablar melodioso, profundas discusiones, sabios consejos o chistes andaluces del más delicado ingenio. Y como de los hervores del entusiasmo nacen las más nobles determinaciones, de aquí que el Excelentísimo Ayuntamiento acordara rotu-

lar una de las calles, con el nombre de la ilustre sevillana. Así se verificó, y pocos días después, previo el brillantísimo informe del Cronista de la Ciudad D. Luis Montoto, y Rautenstrauch, el nombre de Blanca de los Ríos, rotuló una de las calles más céntricas, que antes se llamó Agujas. El año anterior, es justo consignarlo, la villa de Alcalá de Guadaira, espléndido escenario de la «Siega de rosas», también dió el nombre de la egregia sevillana á una de las calles más típicas de aquel pueblo, «de égloga y de idilio», como ella le llamó.

Para terminar estos apuntes biográficos, resta decir, que sus conferencias acerca de Sta. Teresa, en Barcelona, y de Menéndez y Pelayo, en Valladolid, levantaron una inmensa ola de admiración en el mundo intelectual; y su estudio crítico y biográfico de la personalidad de Tirso de Molina, fué premiado por la Real Academia Española.

Los inmortales laureles que ornan la augusta frente de D.ª Blanca de los Ríos, son indiscutibles, pues han sido gallardamente conquistados en las gloriosas lides del palenque literario.

María Tixe de Isern

Místico cisne del pensil florido
donde el Divino Amado entre azucenas
escucha las fervientes cantilenas
que exhala vuestro pecho dolorido:

tierno canto patético y sentido,
cuyas cadencias de dulzuras llenas
de luz inmaterial son las cadenas
que os unen, señora, al Bien querido.

Vibra de amor vuestra cristiana lira
al cantar en estrofas inspiradas
los Divinos Misterios, reverente,

y en «Lágrimas de madre» ella suspira,
lágrimas que en diamantes transformadas
refulgirán un día en vuestra frente.

María Tixe de Isern

(SIGLO XIX AL XX)

Nunca olvidaré la impresión que me causó la presencia de esta noble señora, la primera vez que tuve la dicha de verla: tan profundamente quedó burilada su imagen en mi corazón y en mi retina, que dificilmente podré olvidarla... Alta, de blancos cabellos, dulce mirar y suave sonreir, deslízase blandamente por los amplios aposentos de su casa apartada y silenciosa como retiro monacal; trae añoranzas de las damas españolas de los siglos XVI y XVII, aquéllas que colocabàn junto al libro de oraciones las sedas y el oro para bordar los ricos paños de altar... Es el símbolo de una tradición mística que se esfuma en los linderos de un siglo positivista... el eco de un himno religioso que se pierde a lo lejos... síntesis en fin de la antigua mujer española, de suave condición, amable trato é inalterable piedad.

He aquí á grandes rasgos su biografía.

Nació D.ª María Bárbara Tixe en Sevilla el 24 de Julio de 1846, en la casa n.º 30 de la calle Argote de Molina. Casó con el Excmo. Sr. D. Francisco Isern, y Dios concedió al feliz matrimouio cuantas dichas se pueden anhelar en esta vida... Bienes de fortuna, hijos amantes que heredasen las riquezas del alma y las de la posición de sus padres; cuando un golpe terrible destrozó el corazón amante de D.ª María. Su hijo Rafael murió á la temprana edad de 17 años, en Inglaterra, donde había ido a perfeccionar su educación. Dios tuvo piedad de la infortunada madre y mandó inefables consuelos a aquella alma sumisa esclava y amante rendida del Sagrario. Con las lágrimas de sus ojos brotaron aquellas otras de su mente, que titula «Lágrimas de una madre», colección de 130 bellísimos sonetos, algunos de los cuales han merecido la honra de la traducción, y en los que campea el más puro y acendrado sentimiento religioso unido al más exaltado amor maternal; la forma literaria es impecable, y no hay quien lea tan precioso libro sin derramar copioso llanto ante la ternura de los conceptos y la cristiana resignación del alma atribulada.

«Reflejos de amor divino» es otro libro de esta mística y dulce poetisa. Narra la Vida Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y de esta obra ha dicho el fervoroso é ilustradísimo Magistral de la Catedral de Sevilla, Sr. Roca y Ponsa: «...Maravilla la profundidad de los conceptos y la precisión teológica del lenguaje que demuestran que la autora ha estudiado y meditado largos años los grandes misterios de nuestra santa Religión.» En este tomo están, la delicada y conocida composición «La cita» y el bellísimo soneto «La campana de la ermita», que no se desdeñaría firmar el más insigne literato.

«Arco iris de consuelos ó exposición de los Santos Sacramentos.» De este precioso libro dice la Sra. Tixe de Isern, con su excesiva modestia, que está formado de trozos escogidos de las Conferencias del Padre Monsabré; pero bien puede asegurarse que su pluma llena de fervorosa unción y místicas dulzuras ha escrito buena parte de esta obrita, que todos los cristianos debieran conocer, así como «La Santa Misa» leyendo en verso que lleva un hermoso prólogo del Muy Ilustre Sr. D. Bartolomé Romero Gago,

canónigo de esta Catedral. Tiene muy tiernas poesias, dedicadas á su hijo Francisco, muerto hace dos años, á los 25 de edad, pues Dios ha querido probar la fortaleza del alma piadosísima de D.ª María; mandándole los más grandes dolores que pueden atribular un corazón de madre.

«Pensamientos marchitos» que dedica á su hijo Rafael, y «La Pasionaria» están llenos de poesías, que hacen recordar los grandes escritores ascéticos del siglo XVI. No hay Misterio de nuestra santa Religión que no esté explicado con la mayor sencillez por la Sra. Tixe, ni virtud que no cante su lira melodiosa.

El último libro que ha publicado lleva el gracioso y bello título de «Estalactitas», y en sus primeras páginas hay dos preciosos sonetos, describiendo el amanecer, que bien demuestran la costumbre que su autora tiene de contemplar las eternas maravillas de la Naturaleza, subiendo por ellas, como por intangible escala, al conocimiento y al amor de Dios. No obstante ser toda la obra de poesías religiosas, tiene al final algunas composiciones dedicadas a sus amigas; entre ellas hay un madrigal a la Srta. Felipa Lá-

zaro, escrito con tal gracia pagana, con tan fáciles bellos giros, que si su autora hubiera cultivado este género, hubiese llegado á envidiable altura.

La modestia de la Sra. Tixe es verdaderamente extraordinaria, pues a pesar de sus grandes aptitudes literarias y de su elevada posición social, no busca la gloria mundana, sino sólo pretende con sus poesías difundir y vulgarizar los principales dogmas de la Religión católica, a cuyo servicio ha puesto los nobles esfuerzos de su privelegiada inteligencia y de su generoso corazón.

Mercedes de Velilla

¡Oh «Ráfagas» divinas, impregnadas
del perfume sutil de la poesía,
cuya dulce y suavísima armonía
es placer de las almas delicadas!

En vuestras bellas rimas inspiradas
su ilustre autora derramó algún día
los tesoros de su alma tierna y pía
con sublimes cadencias regaladas.

Del Parnaso hispalense prez y ornato,
sois, Mercedes, la dulce poetisa
de los santos afectos ideales,

y vuestro acento delicioso y grato
del corazón humano es fresca brisa
venida de regiones celestiales.

Mercedes de Velilla y Rodríguez

(SIGLO XIX AL XX)

También Mercedes es hija de la ciudad hermosa, la perla del Guadalquivir, «rosa abierta en una florida llanura,» como la llamó un poeta árabe. Y sin embargo, á pesar de haber nacido bajo este cielo, eternamente bello, de luz deslumbradora y perenne alegría, Mercedes fué la Musa de la Tristeza, y de su doliente lira becqueriana sólo brotaron cánticos de inenarrable melancolía, como si por intuición sobrehumana, hubiera adivinado los sufrimientos que el porvenir la reservaba... Ella ha subido la escarpada senda de la gloria con la triple diadema, del sufrimiento, del saber y de la virtud, y su nombre está escrito entre los inmortales.

Mercedes perteneció á una familia respetable, y acomodada, ya casi extinguida, y fué hermana de aquel gran poeta D. José, que formó parte de la brillante constelación de literatos hispalenses del siglo pasado. La

vida de esta poetisa fué la de todos los genios que desde los albores de su infancia irradian en torno suyo ese destello divino que se llama inspiración. A los diez años leyó algunas de sus composiciones ante escogido auditorio, y desde entonces se reveló como poetisa genial y de altos vuelos, no obstante su natural modestia, que hizo fuera llamada por uno de sus biógrafos, «La violeta del Betis.»

Muy joven aún, publicó un tomo de preciosas poesías que tituló «Ráfagas», mereciendo unánimes elogios de la Prensa. De este libro decía el gran maestro de la literatura hispalense, D. Luis Montoto y Rautenstrauch en la *Revista Andaluza:* «Yo de mí puedo decir que he pasado algunas horas admirando la obra de esa niña que ya ha alcanzó un nombre envidiable en la república de las letras y ocupa merecidamente un puesto entre las primeras poetisas españolas.»

Escribió también una obra dramática, en un acto y en verso, titulada «El vencedor de sí mismo,» que estrenó con gran éxito en el teatro Cervantes, de esta ciudad, el eminente actor D. Pedro Delgado. El asunto,

está bien escogido y la versificación fácil y en ocasiones valiente, prueban las dotes que, para escritora dramática demostró tener Mercedes.

La trágica muerte de su padre, traspasó de dolor el sensible corazón de la poetisa sevillana, cuando se dirigía al teatro de Eslava con el autor de sus días, fué éste acometido de súbito accidente, que en pocas horas acabó con su vida; la inmensa amargura que este acontecimiento causó en la amante hija, hizo que de su corazón brotase una de sus más hermosas composiciones, «A la memoria de mi padre». Esta y la titulada «Lágrimas» se publicaron en el tomo 68 de la Biblioteca Universal, dedicado a escritoras contemporáneas: ambas poesías están llenas de grandiosos pensamientos, dentro de las más correcta forma literaria.

Durante su juventud, Mercedes colaboró en los periódicos más en boga y su nombre llegó a ser conocido en toda España, mereciendo no pocos premios y distinciones. Don Adelardo López de Ayala tributó a esta poetisa grandes elogios, y sin duda le estaba reservada una brillante carrera literaria, cuando a la muerte de su hermano quedó sumida

en una triste y precaria situación. Si en el apogeo de la gloria mostróse modesta y sencilla, durante la época de las privaciones permaneció digna, y con cristiana resignación y fortaleza hizo frente a las calamidades que la cercaban. Retirada en una modesta casita del cercano pueblo de Camas donde yo la conocí, vivió durante algún tiempo del trabajo de sus delicadas manos, hasta que sus amigos y admiradores, dolidos de su triste suerte, pensaron poner pronto remedio a aquella situación.

Debido a gestiones de muy prestigiosas personalidades, el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, ha concedido a Mercedes de Velilla una pensión de cien pesetas mensuales, encargándole importantes trabajos de investigaciones literarias, premiando en algún modo los excepcionales méritos de esta ilustre poetisa, merecedora por tantos títulos de la admiración de sus paisanos.

Concepción Estevarena

En sus divinos ojos soñadores
brilló la luz del genio, creadora,
como entre los celajes de la aurora
de un bello sol los claros resplandores.

Cristalino rumor de agua entre flores
lamento de paloma arrulladora,
su poesía fué conmovedora,
pues probó del vivir los sinsabores.

A lejanas regiones trasplantada
esta flor del jardín de Andalucía,
cual fragante clavel entre la nieve,

inclinó su corola perfumada,
y entre suaves aromas de poesía
su vida terminó, preciosa y breve.

Concepción Estevarena

(SIGLO XIX)

Nada hay tan patético como la breve historia de esta esclarecida sevillana, cuya frente virginal besaron las perfumadas auras de la hermosa región andaluza, y hace muchos años duerme el sueño eterno lejos de su ciudad natal, en la provincia de Huesca, donde fué llevada por las vicisitudes de su corta y triste existencia, como la tronchada flor que arrebata el huracán desde su florido y resguardado jardín, hasta el helado páramo donde deja para siempre enterradas las bellezas de su efímera vida.

Concepción Estevarena nació en Sevilla, en la casa n.º 21 de la calle Siete Revueltas el año 1854 y murió en la ciudad de Jaca, en 1876. ¡Veintidós años de vida, minada por la más terrible de las enfermedades, la tisis; y sin embargo, dejó un volumen de poesías que titula «Ultimas flores», tan tier-

nas, sentidas y elevadas, que aún parece revolotea entre ellas el alma purísima de su autora, como intangible mariposa de este jardín litarario...! No hay quien lea las delicadas composiciones de tan hermoso libro, sin sentir, no sólo la admiración que produce toda acabada obra de arte, sino un intenso cariño hacia la desventurada autora, que en el doloroso éxodo de su existencia, fué reuniendo las flores de su entendimiento para legarlas como herencia preciosa a la posteridad olvidadiza.

Quedó huérfana y sola Concepción a los 21 años y un lejano pariente, respetable y virtuoso Sacerdote de la Catedral de Jaca, ofreció asilo en su casa a la desventurada poetisa. Trasladóse ésta a la lejana región aragonesa, y al dejar el hermoso cielo de la incomparable Andalucía, los floridos jardines de su morisca ciudad y, sobre todo, los adorados restos de sus padres, ¡cómo sufriría aquel tierno corazón, cuyos exquisitos sentimientos habría sublimado la desgracia! ¡Cómo presentiría, con esa dolorosa intuición de las almas privilegiadas, su próxima partida a otra región más lejana, en cuyos insondables espacios se pierde el mísero en-

tendimiento humano, cuando no va guiado por la fe...!

El libro de Concepción lleva un magnífico prólogo, debido a la brillante pluma de aquel gran poeta sevillano que se llamó don José de Velilla, y termina con valiosas composiciones de notables escritores, dedicadas a la poetisa muerta, demostrando así, cómo los trovadores andaluces ofrendaron a su ilustre paisana, con las rimas de tan inspiradas poesías, los sentimientos de admiración que les inspirara la dulce belleza de Concepción, su incomparable talento y, sobre todo, sus muchas desventuras. «Ultimas flores» encierra composiciones de verdadero mérito literario, y admiran los pensamientos que contienen casi todas. Sin duda el entendimiento de su joven autora, habría sido prematuramente madurado por la desgracia, cuando tan sazonados frutos producía. «Fe escondida», es el himno que brota de un alma de elección, que ha llegado a abismarse en un oceano de amor divino. «A una escultura», «Una hora», «A un indiferente», «La paz» y otras muchas de indiscutible mérito, nos dan a conocer las altas condiciones que para la poesía demostró tener la señorita

Estevarena. Hoy casi olvidada, es sin embargo, muy merecedora de ocupar un puesto de honor al lado de las grandes figuras de nuestros literatos contemporáneos.

Elisa Boldún

En la hermosa alborada de la vida
comienza Elisa su feliz carrera
y bien pronto la fama lisonjera
le otorga recompensa merecida.

Con galardón tan justo enardecida
va recogiendo lauros por doquiera,
sublime inspiración en su arte impera
y con loco entusiasmo es aplaudida.

Pisa los escenarios más famosos,
alcanza en ellos éxitos ruidosos,
ciñe del triunfo la inmortal corona...

y en medio de su espléndido apogeo
ante el altar dichoso de Himeneo
las mundanales glorias abandona.

Elisa Boldún Corellano

(SIGLO XIX)

Sevilla, patria de celebérrimos artistas, no podía menos de contar entre sus hijas ilustres, actrices que han brillado en la escena como estrellas de primera magnitud y cuya fama ha repercutido más allá de los mares que ciñen y limitan nuestra Península. Tal fué la notable artista, cuya brillante carrera escénica daré a conocer brevemente en estos apuntes biográficos.

Elisa Boldún Corellano, nació en esta ciudad el año 1847 y recibió desde su más tierna infancia, una brillante y esmerada educación. Tan escepcionales condiciones demostró para el arte escénico, y tan decidida vocación, que a los diez años representó en el teatro Principal de Cadiz «Hijas y madres», de Tamayo y Baus, y «La Archiduquesita», de Hartzenbusch: en las dos obras se distinguió de manera notable la pequeña actriz, y los ruidosos aplausos que en aque-

lla ocasión escuchó, fueron armonioso preludio de los muchos que había de cosechar durante su gloriosa carrera.

Tan señalado triunfo decidió al padre de Elisa, a llevarla en el año siguiente a Madrid, donde fué presentada al célebre Julián Romea, entonces director del Conservatorio. Ante el insigne actor declamó algunos fragmentos del drama «Los hijos de Eduardo», de tan magistral manera hubo de hacerlo, que Romea exclamó entusiasmado: «desde hoy cuento con una actriz.»

A los 13 años obtuvo una plaza en el Conservatorio, de alumna pensionada, y a tan temprana edad, hizo el papel de Margarita en «La oración de la tarde», quedando desde aquel momento cimentada su reputación artística sobre indestructible base.

Muchas obras interpretó la Boldún, alcanzando en todas, resonantes y merecidos triunfos, pero sobre todo, lo que le dió gran celebridad, fué la representación dėl melodrama *Sullivân*, muy en boga por aquella época y que los artistas extranjeros, creían que no había en España quien con acierto pudiera interpretarle: de todas las dificultades triunfó el talento y la inspiración de

Elisa, que alcanzó uno de los mayores éxitos de su carrera, y los actores españoles, quedaron dignificados por ella a los ojos de sus detractores.

En el teatro del Príncipe, trabajó la Boldún con Matilde Diez y Manuel Catalina, recorriendo después las primeras capitales de España. Granada, Zaragoza, Barcelona y otras, rindieron los más entusiastas homenajes a la insigne actriz sevillana, que vió su frente ceñida de laureles y su triunfal camino cubierto de flores.

El talento de Elisa, su intuición artística, su flexible ingenio y su exquisita manera de sentir, hacíanle interpretar con igual facilidad y acierto, así el drama, como la comedia de costumbres y hasta el sainete, por lo que siempre reinó sobre el público, con la indiscutible soberanía de su arte supremo. Llegaba a la gloriosa cumbre de su envidiable carrera; la prensa difundía sus triunfos por todas partes: cuando un distinguido caballero valenciano, enamorado de su belleza, talento y altas prendas morales, se casó con ella, retirándola del teatro. Pasó Elisa del escenario, donde tantos aplausos recogiera, a su tranquilo hogar, donde fué siempre mo-

delo de esposas y distinguida dama; y tras una plácida y dichosa existencia, entregó a poco su alma a Dios, con general sentimiento de aquellos que lograron admirar las maravillosas condiciones que para la escena reunía.

Sor Bárbara de Santo Domingo

La aurora en el oriente aparecía,
tocaba a misa matinal campana
y a la morisca torre sevillana
un ángel desde el cielo descendía.

Entre sus brazos cándidos traía
un alma de pureza sobrehumana...
¡Bárbara vino al mundo esa mañana,
llenando la Giralda de alegría!

Flor de virtud, buscó seguro asilo
en el claustro recóndito y tranquilo,
que llenó de perfume inmaculado;

y después de morir, ¡oh maravilla!,
durante muchos días vió Sevilla
de corrupción su cuerpo preservado.

ardores a sus divinos coloquios de amor y bienandanza. Cuando hube contemplado estas reliquias, miré un retrato de Sor Bárbara, colgado en una pared frontera, hecho por el ilustre pintor D. Virgilio Mattoni y obtenido de una fotografía de la Madre después de muerta. El artista al dar vida a aquella hermosa cabeza, infundiole un sello de misticismo dulcísimo y consolador, como promesa de dichas inacabables.

La vida de Sor Bárbara forma un volumen, que la M. Sor Dolores tuvo la bondad de dejarme, debido a la pluma del Reverendo P. Fray Paulino Alvarez, de la Orden de Predicadores. En él hay documuentos curiosos; cartas de la santa religiosa a su confesor, su vida interior, sus horrendas mortificaciones, sus altísimas virtudes y el prodigio de su muerte. Brevemente, daré a conocer algunas particularidades de su vida, tomando sólo de dicha obra, lo que a fechas y otros datos históricos se refiere.

Clareaba el alba del día 7 de Febrero de 1842, y en una de las viviendas de la histórica Giralda, venía al mundo una niña, hija de padres modestos, pero honrados y piadosos; que casi siempre elige Dios sus bien-

aventurados, entre la gloriosa estirpe de los humildes y limpios de corazón. Al mismo tiempo que la tierna criatura abría los ojos a la luz de la vida, pasaba al pié de la morisca torre, el típico Rosario de la Aurora, costumbre entonces muy en boga, y aquellos cánticos llenos de majestuosa sencillez y el glorioso tintineo de las campanillas, sin duda parecerían himnos de acción de gracias, que los hombres elevaban al Cielo por haberse dígnado enviar entre ellos aquella alma de elección.

Fué Bárbara hija del segundo campanero (1) de la Giralda, Casimiro Jurado y de su mujer Josefa Antúnez. Su niñez y juventud fueron un interminable tejido de virtudes domésticas y religiosas... El silencio, el trabajo, el pudor, la devoción, la misericordia... Sin duda la tierna doncella, había, desde las alturas de la Giralda, contemplado muy próximo el cielo, y hallaba la tierra asaz mezquina para el aleteo de sus alas de ángel, ávidas de elevarse a Dios.

Deseando entrar religiosa y no pudiendo

---

(1) El primero lo era Juan Alvarez Espejo, padre de la célebre bailarina La Campanera.

a causa de la pobreza de sus padres, determinó aprender música para ser admitida como organista en algún convento. La piadosa señora D.ª Carmen Jáudenes, mujer de D. Alonso Núñez de Prado, lá regaló un piano, y la joven hizo grandes adelantos en el divino arte de los sonidos, anhelando por este medio, poder más pronto servir a su Señor.

A los 19 años entró en el convento de Madre de Dios, y durante el noviciado admiró a aquella fervorosa comunidad por sus virtudes extraordinarias. Cumplido el tiempo de prueba, hizo solemne profesión. A partir de este acontecimiento, es imposible, en un libro de corta extensión, seguir la vida interior de Sor Bárbara, como imposible es al gusanillo seguir la veloz carrera del ciervo, o al pajarito implume los giros del águila. Expulsadas injustamente de su convento las inocentes religiosas, durante la Revolución de 1868, fueron llevadas las de Madre de Dios al monasterio de S. Clemente, donde Sor Bárbara admiró a las dos comunidades por su santidad que ya traspasaba los muros del convento como exquisito perfume de una flor.

Notaban las Madres cosas sobrenaturales en Sor Bárbara, como, después de recibir la Sagrada Comunión, tener que aplicarse paños de agua fría sobre el corazón; que las ansias de unirse con su Amado teníanla enfervorizada en grado sumo, y su tierno pecho era ya incapaz de contener aquel incendio en que se abrasaba la frágil envoltura de su espíritu.

La humildad sin alardes, el silencio sin adustez, la oración sin gazmoñería, el trabajo incesante, tal dicen de Sor Bárbara los muchos testimonios de las dos comunidades.

En Octubre de 1872 enfermó de fiebres tifoideas la religiosa Sor Josefa Tapial. Sor Bárbara, que la cuidaba, ofreció á Dios su vida por salvar la de la enferma, aceptando el Altísimo tan generoso sacrificio, sanó la Madre Josefa y cayó herida de muerte la Venerable. Los sufrimientos de su última enfermedad, soportados con heroica resignación, pusieron fin a aquella preciosa vida el 17 de Noviembre de 1872. El Padre Ortiz de Urruela dijo, al verla muerta, «que parecía un cordero destinado al holocausto.»

Y ¡aquí viene lo extraordinario, lo maravilloso, lo inexplicable para la ciencia, lo

inconcebible en la fisiología humana! El cuerpo de Sor Bárbara no se descomponía, la muerte no alteraba aquella carne virginal, no borraba la serena placidez del semblante, y el corazón seguía despidiendo un dulce calor, como de lámpara de santuario... Sevilla entera acudía al monasterio de S. Clemente; invadía la muchedumbre, el atrio, la iglesia, las rejas, estrujándose por ver el cuerpo de la venerable expuesto nueve días en el coro a la pública admiración, y la ciencia humana, confusa sombra de la divina, empalideció ante el prodigio que no supo explicar. Al noveno día, dió el santo cuerpo señales de descomposición y fué enterrada con tales exequias que según el P. Alvarez, «No las tendría mejor un rey.»

Después de nueve años (en 1877) volvieron las dominicas a su convento de Madre de Dios, llevándose los restos de Sor Bárbara. Consignan sus biógrafos, como dato curioso, que, al tiempo de colocar el féretro en un catafalco, un regimiento que casualmente pasaba, rompió a tocar una marcha triunfal. Sus restos fueron colocados en un hermoso altar levantado en el coro, cerca de la reja al lado del Evangelio.

Hace años se está incoando el expediente de beatificación de Sor Bárbara y no hay duda que se llevará a feliz término en vista de los milagros obrados en época tan reciente, y de los que aún existen algunos testigos.

Elisa Villar de Volpini

Del Betis en la plácida ribera,
bajo un cielo de luz y de alegría,
como ignorada planta florecía
una gentil muchacha trianera.

Su fresca voz a los sentidos era
regalada y dulcísima armonía,
trinos de ruiseñor allá en la umbría,
suave cantar de alondra mañanera.

Llegó a mujer y convirtióse en diosa
por el arte sublime del sonido,
fué de los escenarios soberana

y en su feliz carrera victoriosa
siempre en el corazón llevó esculpido
el amante recuerdo de Triana.

Elisa Villar de Volpini

(SIGLO XIX)

La historia de Elisa Villar es la de tantas otras celebridades en el arte escénico, que pasaron su primera juventud en una obscura y modesta posición, hasta que una circunstancia, una casualidad, da a conocer las maravillosas condiciones que poseen para el canto o la declamación, y una mano generosa, se encarga de mostrar á la sociedad aquella preciosa joya con que se enriquece el arte.

Después del descubrimiento vienen para la futura *estrella,* los días fatigosos de incesantes estudios, las zozobras acerca del porvenir, las luchas encarnizadas de entre bastidores, y por fin como premio a la perseverancia, como dichoso término de un infatigable trabajo, el galardón merecido, la gloria.

Elisa Villar fué hija de esta ciudad, y según afirman personas que llegaron á conocerla nació en la calle Betis del barrio de

Triana. No es pues de extrañar que con tal procedencia tuviera esa gracia inimitable de las lindas ribereñas del Guadalquivir, ese atractivo especial mezcla de sencilla alegría y de ingenua desenvoltura, que tan simpáticos hace a los hijos del populoso arrabal.

Formando parte de los coros en el teatro de San Fernando llegó a oirla Ambrosio Volpini, director de orquesta y músico excelente y desde luego comprendió, con intuición de artista, que aquella lindísima jovencita podría ser una cantante que diera muchos días de gloria al arte español; efectivamente, después de una concienzuda educación musical, Elisa pudo presentarse ante el público inteligente como tiple lírica, intérprete afortunadísima de las óperas de Verdi, Rossini, Donizetti y otros grandes maestros italianos, que tan en boga estuvieron en el siglo pasado.

Después de su matrimonio con el señor Volpini, recorrió triunfalmente los escenarios de las grandes capitales de Europa y América. En Rusia y Londres estuvo escriturada muchos años seguidos y compartió con la célebre Adelina Patti las ovaciones de los amantes del *bel canto*.

En una revista publicada en Sevilla, el año 1871 titulada «Mundo artístico, musical y elegante» que posee el ilustre escritor y sabio arqueólogo D. José Gestoso, se habla del beneficio de la Sra. Volpini verificado en el teatro San Fernando. Ofrecía la sala maravilloso aspecto, ocupada totalmente por las más distinguidas familias de la aristocracia sevillana y todos anhelaban oir aquella voz armoniosa, más parecida á gorjeo de ruiseñores, que a sonido de garganta humana. Elisa salió a escena en medio de la expectación general; su bellísima figura, la elegancia con que se ataviaba y más que todo esto, aquella voz exquisita, dulcísima y vibrante, produjeron al final de cada acto una ovación unanime, estruendosa, delirante... Al terminarse la representación salió la Volpini con airoso traje audaluz de raso grana con alamares negros, y así vestida, su esbelta cintura, el rostro respirando gracia y el donaire y encanto de toda su persona, acabaron por enloquecer á los espectadores. A petición del público, cantó unas malagueñas, como podía hacerlo una cantante de sus facultades que tuviera el alma andaluza... Los ramos de flores cubrieron totalmente el esce-

nario y entre los muchos y valiosísimos regalos que la hicieron, figuraba una doble corona de plata, de gran mérito artístico: en verdad, merecía una corona la que llegó á ser reina de la armonía.

Esta célebre cantante casó en segundas nupcias con el tenor español Andrés Marín y una de sus hijas fué esposa del ilustre barítono Napoleón Verger, maestro de canto de S. M. la Reina madre.

Elisa siempre se acordó de su patria chica, siempre llevó burilada en su alma la visión risueña del cielo andaluz y no es aventurado pensar, que en los días de gloria, cuando resonaban los aplausos en sus oídos y las flores cubrían la escena, recordaría con nostalgia de hija amantísima, el querido rincón de su Sevilla.

Bien lo demuestra la copla, que, desde el corazón subió á los labios de la egregia cantatriz y que aún recuerdan algunos sevillanos.

Adiós, Sevilla del alma,
tierra donde yo nací,
el corazón se me parte
al separarme de tí.

Antonia Díaz

Su augusta voz magnífica resuena
al describir con épica arrogancia
las inmortales glorias de Numancia
en su final y aterradora escena;

pero su lira plácida y serena
prefiere de las flores la fragancia,
de los feraces campos la abundancia,
del claro Betis la corriente amena.

De su alma tierna, piadosa y pura
quedó en versos de célica dulzura
la venerable imagen esculpida,

pues cuanto el cielo en su grandeza encierra,
cuanto elevado y noble hay en la tierra,
en su numen felíz halló acogida.

Antonia Díaz de Lamarque

(SIGLO XIX)

Los pueblos cuya historia es apacible han sido sin duda alguna los más felices: ni les han inquietado discordias civiles, ni exteriores guerras, porque en ellos ha reinado la Justicia, y así han legado a la posteridad, en vez de tristes y dolorosos recuerdos, áureas páginas llenas de santas tradiciones. Los individuos, lo mismo que los pueblos, son tanto más dichosos cuanto menos emociones ofrezca el curso de su vida, aunque esta bienandanza sólo llegan á conseguirla contadas personas durante el éxodo que Dios impone á los mortales á través de los senderos de la vida.

Uno de estos seres privilegiados fué la virtuosa dama cuyo nombre encabeza estas líneas. Concedióle el Señor dichas sin límites, y como base y fundamentos de todas, la más sólida piedad cristiana. Su vida no ofrece dramáticas escenas, sino el plácido lirismo

de la naturaleza en los hermosos días primaverales, y por eso sus poesías están impregnadas de la dulzura de su alma, blando nido de apacibles virtudes.

Antonia Díaz fué poetisa eminente y dama distinguida, y en estos dos aspectos de su personalidad triunfó por méritos propios, con la superioridad indiscutible y avasalladora de su corazón todo bondad, todo amor... Por eso la envidia no la hirió con sus dardos envenenados; por eso la sociedad se inclinó ante sus virtudes, y su recuerdo perdura como sagrado perfume en el santuario de los corazones amadores del Arte.

Nació esta señora en la cercana villa de Marchena, el 31 de Octubre de 1827, y desde muy niña residió en nuestra capital, donde casó con el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, excelente poeta, autor de muy hermosas composiciones, en las que se nota marcada influencia de la escuela romántico-caballeresca del inmortal Zorrilla. La vida de Antonia Díaz, fué un tejido de humanas dichas, que sólo la muerte pudo interrumpir. Bienes de fortuna, un esposo que en ella idolatraba, amigos que admiraban su claro talento y poética inspiración, facil es com-

prender que en tan favorable medio, cuanto brotara de su lira llevaría las dulces vibraciones de los santos e ideales afectos, entre los que se deslizaba su venturosa existencia.

Varios tomos de poesías escribió esta señora, consiguiendo una envidiable reputación en el mundo literario. Resplandece en todas sus composiciones el santo optimismo de su candoroso y tierno corazón, sin que por eso sean pueriles, antes al contrario, bajo la áurea investidura de la rima cadenciosa, se oculta un pensamiento altamente filosófico y moral. Estos libros son «Flores marchitas», baladas y leyendas en las que recoge las poéticas tradiciones andaluzas. «Poesías religiosas», entre las que sobresalen «La Religión cristiana» y «La soledad de María»; «Aves y flores», colección de fábulas morales. Su poema «Monserrat» fué premiado por la Academia bibliográfico-mariana de Lérida, y la Sevillana de Buenas Letras premió también varias de sus poesías.

Como se ve, por la enumeración de sus obras, las límpidas fuentes de su inspiración fueron los afectos religiosos, las bellezas del campo, la noble amistad, la virtud austera.

Si alguna rarísima vez quiso mostrarse satírica e irónica, según dice uno de sus biógrafos, el insigne poeta sevillano D. José de Velilla «la bondad de la escritora embota las flechas y el suave golpe sirve para avisar y no para herir». Con estas palabras retrata fielmente el bondadoso caracter y la suave condición de la ilustre poetisa.

Una de las más hermosas composiciones que brotaron de la lira de la Sra. Díaz, fué su oda a Numancia: es un himno magnífico a las grandes virtudes cívicas del pueblo celtíbero y en él resuena la voz del más acendrado y ardiente patriotismo; las aterradoras escenas de trágica belleza, los sublimes horrores que en su oda describe con viril y vibrante versificación, hacen de esta poesía, una de las más legítimas glorias de tan célebre escritora.

Los últimos años de su vida deslizáronse en la preciosa posesión llamada Alquería del Pilar, en la villa de Dos Hermanas, donde había ido a reparar su salud minada de mortal dolencia, entre los solícitos cuidados de su esposo y de su hermana D.ª Pilar. El 19 de Mayo de 1892, fué el último de aquella dulce y santa existencia transcurrida



entre la práctica de las virtudes cristianas y el cultivo de las bellas letras. Su muerte fué sentidísima, los poetas más célebres ensalzaron sus méritos en apasionados versos, y Sevilla, más justa con esta hija ilustre que con otras no menos célebres, dió a una de sus calles el nombre de Antonia Díaz.

Amparo Alvarez (La Campanera)

¡Bailarina gentil, de talle breve,
aérea como blanca mariposa,
que fingía en su danza bulliciosa
torbellinos de luz, de rosa y nieve!

Pisaba el suelo, apenas, su pie leve,
y era el mover de su cintura airosa,
ya el cimbrear de la fragante rosa,
ya el ondular de la serpiente aleve.

Maestra de los bailes regionales,
no vieron los harenes orientales
más gallarda y hermosa bayadera.

Fué reina de la alegre seguidilla,
donde el arte y la gracia a maravilla
unió la inimitable Campanera.

Amparo Alvarez (La Campanera)

(SIGLO XIX)

Los bailes populares en las provincias del mediodía de España, tienen tales supervivencias de los pueblos de Oriente, que al contemplarlos el espectador con ojos de artista, no puede menos de retroceder á través de las edades y transportarse en espíritu a las magníficas estancias de pórfido y alabastro, o a los patios misteriosos de cipreses y arrayanes de los palacios encantados de Damasco y Bagdah.

Pero la nerviosidad del carácter español ha quitado a estos bailes, lo que de hieráticos y litúrgicos tenían, comunicándoles mayor vivacidad en los movimientos, más gracia en las actitudes. Aquellas danzas que las esclavas ejecutaban ante el tirano, para distraer su hastío o adornar sus fiestas, sin duda no podrían tener la graciosa desenvoltura de los bailes andaluces, explosión de júbilo de un pueblo libre, sencillo y des-

preocupado, y manera de exteriorizar la alegría de su bulliciosa juventud. Por eso los extranjeros y aún los mismos nacionales de otras regiones se entusiasman ante la clásica seguidilla. Los piés de la bailarina, menudos y agilísimos como alas de mariposa en movimiento, la cintura libre de incómoda sujección, cimbreando como rama de rosal o de jazmín, la postura lánguida de brazos y cabeza, el armónico y bien concertado ritmo de sus giros y mudanzas, dan una sensación de suave voluptuosidad y de encantadora desenvoltura, que sin alarmar en nada los sentidos, recrean el espíritu con su sencilla gracia. Maestra de estos típicos bailes y una de sus más afortunadas cultivadoras, fué Amparo Alvarez, de sobrenombre La Campanera, llamada así por ser hija del campanero de la Giralda, Juan Alvarez Espejo, nacida por los años 1827 al 30.

Era costumbre entonces, lo mismo en el Teatro Principal que en el de S. Fernando, después de la representación de un melodrama, ejecutar danzas populares. Amparito fué el ídolo de los públicos de ambos teatros y sus bailes, incomparables de gracia y donosura, conquistáronle envidiable repu-

tación en el arte coreográfico. Estos bailes eran: «El Torero y la Flamenca», «El ole de la Curra», «La malagueña», «Las manchegas», «Las seguidillas boleras», y otros más, con los que encantaba a los espectadores, sin que nunca llegase a pasar esa línea, bien visible por cierto, que hay entre la gracia y la obscenidad.

Las noches de su beneficio recibía valiosísimos regalos, tales como mantones de Manila, peinetas de plata y carey, pendientes y collares de coral, todo en fin, lo que pudiera adornar a una mujer rumbosa y netamente andaluza, amén de las muchas flores y poesías que sus apasionados le dedicaban. En los actuales tiempos, la Campanera hubiese hecho célebre su nombre en los teatros de París, Berlín y Londres, pero entonces, el temor que inspiraban los viajes al extranjero, hizo, que, mientras estuvo soltera, no saliese de Sevilla, no obstante que el Emperador D. Pedro del Brasil quiso llevarla a aquel lejano imperio, entusiasmado de la gentil manera con que Amparo interpretaba los bailes andaluces.

Además, cantaba y tocaba la guitarra con sin igual donaire, y era muy bonita de ros-

tro, de andar firme y desenvuelto. También hacía con rara perfección flores artificiales y toda clase de bordados. La duquesa de Medinaceli y la Emperatriz Eugenia, que tanto brillaron en las típicas ferias de Sevilla, se hacían adornar por la Campanera, que confeccionaba sus trajes al estilo del país, de ceñida falda y airosa chaquetilla recamada de oro y plata.

Después de casada, estuvo en Lisboa, donde cosechó grandes aplausos, y de vuelta a Sevilla, abrió una academia de baile en la calle Céspedes, primero, y luego en la de la Plata, que llegó a hacerse famosa por el gran número de discípulas que tenía; pero no pudiendo vivir lejos de la hermosa torre donde nació, trasladóse a la calle Gran Capitán, desde cuya vivienda podía contemplar a su sabor el gallardo alminar, bañándose en el éter luminoso del cielo de Sevilla.

No fué Amparo Alvarez la única que por entonces se dedicó al cultivo de los bailes del país; otras también sobresalieron en este género, pero hasta mí sólo han llegado estas noticias, debidas a la amabilidad de la señora D.ª Concepción Alvarez, hermana carnal de la célebre bailarina y hermana de

leche de la piadosísima Sor Bárbara de Santo Domingo. No cabe duda que estas famosas bailadoras fueron maestras y antecesoras de las actuales, entre las que sobresale Pastora Imperio, que, con intuición artística y alma oriental, interpreta maravillosamente los bailes audaluces.

Amparo López del Baño

¡Espíritu sutil, inquieta mente,
viajera solitaria de la vida,
de todos ignorada y escondida
como en jardín cerrado clara fuente!

El secreto de su alma se presiente
á través de su rima dolorida;
que mal se encubre la entreabierta herida
bajo un cendal de gasa transparente.

Fué genial poetisa y con notoria
grandeza de alma, despreció una gloria
que, al fin, en polvo vano se convierte.

Siguió del sabio el inmortal camino,
esperando encontrar mejor destino
tras de la obscura sombra de la muerte.

Amparo López del Baño

(SIGLO XIX)

Fué mujer de un talento extraordinario; un espíritu que encarnó en época distinta que la suya, y por tanto la sociedad no pudo aprovecharse de los frutos de su entendimiento. Si hubiese nacido en los siglos XVI o XVII, su malogrado amor la habría llevado al claustro, y allí, en mística poesía, se hubiese evaporado el dulce fuego de su alma; perteneciendo a la época altual, brillaría en las altas esferas de la literatura, ahogando su dolor entre los aplausos de sus admiradores y el torbellino de la vida moderna.

Pero nació a principios del siglo XIX, en ocasión poco propicia para explayar su espíritu con filosofías un tanto panteistas, que hubiera escandalizado oir de labios femeninos; muy adelantada a su época, conoció, con la clarividencia de los grandes talentos, el escaso vuelo que la sociedad concedía a

su inspiración poética, y prefirió no publicar nada durante su vida, a vaciar esa misma inspiración en moldes mezquinos y rutinarios. Al morir dejó a su albacea el encargo de publicar sus obras, pero sólo una se conserva, llena, en verdad de bellísimas composiciones.

Esta lleva un prólogo de D. Santiago López-Moreno, y en él dice que la Srta. López del Baño, fué mujer ilustradísima, muy versada en historia, astronomía, filosofía y ciencias morales; que hablaba el inglés, el alemán, el francés y el italiano, conocía el latín y había viajado por casi toda Europa para completar su educación. Añade que nació en Sevilla, y tuvo relaciones de amistad con los grandes hombres de su tiempo, Quintana, Martínez de la Rosa, Ayala, Zorrilla y Alarcón, los que admiraron su extraordinario talento y le instaron a que publicase sus trabajos: no dice la fecha de su nacimiento, pero bien puede colegirse por los ilustres literatos, sus contemporáneos, que fué en el primer tercio del pasado siglo.

Basta leer las composiciones de D.ª Amparo, para comprender, (aunque yo de antemano lo sabía), que tuvo un amor desgra-

ciado. En su juventud amó y fué amada, pero Dios decretó la muerte del elegido de su corazón, y más infeliz que Eloísa, no buscó alivio a sus penas en el claustro; retirada en su casa de S. Juan de Aznalfarache, dedicóse a la práctica de las virtudes, y únicamente templaría su dolor el ritmo melancólico de sus poesias exquisitas.

¡Pobre enferma del corazón...! ¡Qué bién expresa su estado anímico incurable, esta bellísima composición, que no puedo menos de transcribir!

LA CIENCIA DE CURAR

Si los males que afligen a las almas
supiese yo curar, ¿qué más querría?
Superior a Esculapio, ceñiría
triunfal corona de laurel y palmas
y empezara curándome la mía.

En otra que titula *¡Ay de mí!* describe su vida, toda una vida consumida en el incensario de su pasión... También las tiene filosóficas, líricas, épicas, muy inspiradas en verdad, pero en todas ellas hay una gota amarga de desilusión y de excepticismo.

A pesar de que, como dice el Sr. López

Moreno, alcanzó una edad avanzada y trabajó mucho, la Srta. López del Baño pasó desconocida para sus conciudadanos. El haber llegado hasta mí estos datos, lo debo a la bondad de una ilustre dama y de un insigne literato. Con gusto dedico un recuerdo en mi obrita a la notable poetisa sevillana, que teniendo talento y fortuna, o sean medios sobrados para alcanzar la celebridad, con verdadera grandeza de ánimo, renunció a la gloria mundana, que consideró mezquina recompensa para un corazón virtuoso.

Sor Gregoria de Santa Teresa

(MONJA CARMELITA)

Al abrigo del claustro silencioso
donde halla el corazón paz y contento,
con dulce, suave y regalado acento
cantó Gregoria á su Divino Esposo.

En grata soledad y almo reposo,
ajena de pasiones al tormento,
ornato de su siglo fué y portento
su ingenio peregrino, luminoso.

En edad juvenil renunció al mundo,
y sintiendo por él horror profundo
y del amor divino santo anhelo,

dejó con su inspirada poesía
un timbre más de gloria á Andalucía
y una flor más en el feliz Carmelo.

Sor Gregoria Francisca de Santa Teresa

(SIGLO XVII ÁL XVIII)

Para cantar un himno magnífico en alabanza de esta mujer ilustre, honor del Parnaso hispalense y gloria del Santuario carmelita, bastaría repetir aquí, lo que hombres sapientes en las cosas de la ciencia humana, han dicho de ella comparándola, como poetisa, a la gran Reformadora del Carmelo, y aún haciéndola superior a ésta en la corrección del lenguaje y en el brillo de la expresión.

No hay duda, que Teresa de Cepeda fué para Gregoria de la Parra, maestra, guía y modelo que se propuso imitar con todos los entusiasmos de su fervoso corazón. En sus castísimos sueños de adolescente, la virgen sevillana vería la esplendorosa belleza del alma de la Doctora de Avila, y aunque ésta «la vestía el tosco sayal de la Orden», como ella misma declara. Habria leido la vida extraordinaria de la Reformadora, aquella

vida de éxtasis y de combate, de plegaria y de lucha, y meditando las obras de Santa Teresa, sacó tres dones celestiales: una decidida vocación al claustro; una irresistible inclinación a la virtud, y las dulces endechas que, inspiradas por el amor de los amores, brotaron de su mística lira de cristal.

¡Qué bella semejanza la de estas dos almas nacidas para mirar frente a frente al Sol inmaterial, que enciende los afectos santos...! ¡Con qué complacencia las modelaría el Supremo Artífice, para apacentarlas y regalarlas entre los místicos lirios y las cándidas azucenas de su Huerto cerrado! Ambas fueron dos flores de singular hermosura, que brotaron en las frondosas cumbres del Carmelo, sólo que la una llenó con su fragancia los ámbitos de la Orden y aún los del mundo entero, y la otra, creció escondida y oculta junto el manantial de las aguas vivas, y a su arrullo se mustió plácidamente con un dulce suspiro de amor.

Nació D.ª Gregoria Francisca en el año 1653, siendo sus padres D. Diego García de la Parra y D.ª Francisca Queynoghe, personas de calidad y distinción. Nos cuentan de ella, que estaba dotada de singular

hermosura y ésta unida a su juventud y clara inteligencia, fueron causa para que muchos y nobles jóvenes rindieran a sus piés, corazón y albedrio. Bien poco debieron influir en el ánimo de la piadosa doncella amores mundanales, cuando a los dieciseis años, en el espléndido amanecer de la existencia, sepultó sus encantos en el convento de Carmelitas Descalzas de esta ciudad.

El primero de sus biógrafos, el Doctor D. Diego Torres de Villarroel, en la «Vida ejemplar y virtudes heroicas de Sor Gregoria» dice: «Hija de este coro de ángeles mortales, fué la Venerable Madre Gregoria de Santa Teresa, cuyas heroicas virtudes y venturosas inclinaciones se adelantaron con el ejemplo, doctrina y santidad que respiran aquellas santas paredes. Fué una discípula tan fiel imitadora de su santísima Maestra, que parece que la bebió todo su espíritu. Fué extremada en todo linaje de virtud y mortificación, observando siempre un silencio y un estudio cuidadoso en ocultar su interior». También dice que fué maestra de novicias y dos veces priora, cargos honrosos concedidos a la virtud y el saber.

Hombres insignes han estudiado a Sor

Gregoria como poetisa, entre ellos, el sabio escritor Sr. Méndez Bejarano, que la coloca por encima de la mística Doctora y de San Juan de la Cruz, y el joven y ya célebre poeta sevillano Santiago Montoto de Sedas, en su erudito discurso de recepción en la Academia de Buenas Letras, estudia la personalidad de la ilustre Carmelita, bajo el doble aspecto de religiosa y de poetisa, con sereno y reflexivo espíritu de bien entendida crítica.

Pocas composiciones han llegado hasta nosotros, de la inspirada monja; porque ésta, bien por humildad, o por obediencia, parece ser que entregó muchas al fuego, entre ellas un Coloquio en verso, con motivo de la beatificación del poeta Juan de la Cruz, que mereció unánimes elogios de cuantos tuvieron noticias de él.

En aquella época venturosa para la poesía mística, Gregoria de la Parra fué una cultivadora insigne de este género, el más delicado, el más exquisito, pero también el más inaccesible para los no iniciados en los prodigios del divino Amor; alcázar de luz en que sólo pueden entrar los que han ungido sus corazones con el bálsamo precioso de la

fe viva. De estos poetas ha dicho D.ª Blanca de los Ríos en una conferencia de soberana belleza, con motivo del 4.º centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús: «... A los poetas sólo les es dado ensoñar con la divina Belleza, y los místicos alcanzan a la cumbre de donde brota su fuente milagrosa: por eso los místicos son poetas de poetas, enviados de la Luz increada, de la que sólo centellas caen de siglo en siglo sobre las frentes de los genios»

Sor Gregoria mereció que su frente virginal fuera circundada por el halo misterioso de la divina inspiración, y los hombres sabios han hecho justicia a la humilde hija del Carmelo.

Murió esta sublime poetisa a la avanzada edad de 84 años, en 1737, dejando con el recuerdo de sus virtudes, el inapreciable tesoro de sus deliciosas poesías.

Luisa Roldán

En la inspirada frente alabastrina
que á la hija de Roldán diera natura,
puso el genio inmortal de la Escultura
una centella de su luz divina;

y con gracia exquisita y femenina
creó el ángel hermoso de la altura,
la Virgen Madre, candorosa y pura,
el Niño Dios, de risa peregrina.

Todos gráciles, bellos, inspirados,
por el amor de una mujer creados
que sintiendo del Arte las grandezas,

dejó en sus obras, la genial Roldana,
su místico fervor de sevillana
y de Lísipo y Fidias las bellezas.

Luisa Roldán

(Siglo XVII al XVIII)

Tiene Sevilla el privilegio de ser cuna de esta célebre mujer, una de las pocas que con extraordinario éxito han cultivado esa manifestación sublime de las Bellas Artes que se llama Escultura.

Nació el año 1656, y fueron sus padres, el famoso escultor Pedro Roldán y D.ª Teresa Mena y Villavicencio. Educóse la niña en tranquilo hogar de sus progenitores, y su madre la enseñó la práctica de las virtudes cristianas, juntamente con las delicadas labores que a su sexo y condición pertenecían; pero Luisa, cuya imaginación de artista revelose bien pronto, antes aprendió a manejar las gubias y los cinceles en el taller de su padre, que los bordados y encajes que allá en su retirado gabinete trataba de enseñarle su buena madre.

Muy joven aún, hizo algunas obras de verdadero mérito, y cuentan de ella la si-

guiente anécdota. El Cabildo de la Catedral encargó a Pedro Roldán una estatua de San Fernando, y cuando estuvo terminada, se negaron los canónigos a recibirla, por no ser de su agrado. Volvió el escultor a su casa muy apesadumbrado, pues nunca había recibido tamaño desaire, y confió a su hija la causa de su disgusto; entonces Luisa, según dice uno de sus biógrafos, «aserró la estatua por las ingles y la cabeza, dándola tal movimiento y tan gallarda actitud, que el Cabildo la recibió, creyendo que era otra; lo que prueba cuán bien entendía la hija de Roldán las reglas del arte y la gracia que de ellas se deriva.»

La fama de esta gran escultora llegó a la Corte, aún en aquel tiempo de tan escasas comunicaciones, y llamada a Madrid, marchó allá con su esposo D. Luis de Arcos. Presentóla al rey D. Carlos II el mayordomo de palacio D. Cristóbal de Ontañón, y el monarca la nombró escultora de cámara con 100 ducados al año.

Entre sus obras más notables se cita una estatua de S. Miguel, que hizo para el Escorial; un grupo del nacimiento de Jesús, a cuyas figuras supo imprimir tal belleza, candor

y dulzura, que mueven el corazón a los más tiernos afectos. El escritor de arte, Palomino, cita como la mejor de sus obras una imagen de Jesús Nazareno, de tamaño natural, «de tan extremada belleza y afecto compasivo, que fué el pasmo y admiración de todos en la Corte, donde hizo muchas y buenas obras».

Según Arana de Varflora, existe una imagen de la Magdalena en la iglesia de la Casa Cuna de Cádiz, y otra del Santísimo Cristo de la Yedra, en la Capilla de los Terceros del Convento de Religiosos Descalzos.

Conserva Sevilla de la genial Roldana (como generalmente suele llamársela) los medallones en el *paso* de la Oración del Huerto y el bellísimo ángel que se aparece a Jesús. La figura de este mensajero celestial cautiva y embelesa de tal modo, que el pueblo sevillano, dotado de exquisitos sentimientos artísticos, admira todos los años por Semana Santa esta inspirada creación de la gran escultora.

El espíritu religioso que animaba a los artistas de aquella época, bien se dejó sentir en las obras de Luisa Roldán, dama piadosísima, adornada de eximias virtudes. El ci-

tado Arana de Varflora dice que, «era muy virtuosa en su conducta y muy modesta en su trato y para trabajar en las efigies de Cristo y de la Virgen Santísima, se preparaba con la confesión y Comunión, y al ejecutarlas se movía tanto de devotos afectos que derramaba muchas lágrimas».

Joven aún, pues apenas contaba 48 años, murió en Madrid esta mujer insigne el año 1704, legando a la posteridad una envidiable fama en el divino arte de Fidias y Praxiteles.

Sor Francisca de San José

De la vida en la hermosa primavera
sufre en el cautiverio suerte dura,
porque inspira su espléndida hermosura
á su liviano dueño pasión fiera.

A Dios implora y en su Madre espera
la hagan triunfar de la asechanza impura,
y libre al fin de la mazmorra obscura,
retorna á su país la prisionera.

Se halla huérfana, sola y en pobreza,
mas con esfuerzo heroico luchando,
encuentra en el trabajo más riqueza,

y al mundo que la halaga despreciando
huye del claustro á la mansión dichosa
y entrega á Dios el ánima gloriosa.

Sor Francisca de San José

(Siglo xvii)

La historia de esta santa religiosa ofrece una serie tal de interesantes aventuras, que bien merece ocupar un lugar distinguido entre las celebridades sevillanas. De todas las vicisitudes de su vida triunfó por su virtud, y la acrisolada fe de su piadoso corazón la hizo soporsar con grandeza de ánimo las rudas pruebas a que el cielo la sometió.

D.ª Francisca de Pineda y Frías, noble doncella sevillana, nació hacia la mitad del siglo XVII. Fueron sus padres D. Gaspar de Pineda y D.ª Catalina de Frías, ambos de esclarecido linaje. La hermosura de Francisca era tan grande, que los más gallardos mancebos de la ciudad suspiraban por ella y bajo las ventanas de su casa obsequiabanla con regaladas músicas; pero la hermosa jóven, no obstante su temprana edad, vivía con tal modestia y recato, que jamás prestó oídos a las amorosas querellas, como si ya

Dios la diese a entender que para más elevados y puros fines la tenía reservada.

A los veinte años tuvo la desgracia de caer cautiva, sin que pueda saberse con certeza ni el sitio de su cautiverio, ni el nombre de su dueño, porque ella nunca quiso revelarlo, pero se supone fuese en Berbería. Sufrió la joven durante cinco años no pocos contratiempos, pues su amo concibió por ella tan torpe pasión, que la hizo víctima de sus persecuciones. De todos los medios se valió el infiel para lograr que su víctima cayera en los lazos de su lascivo amor; halagábala con presentes de ricas telas, costosos adornos y exquisitos manjares y cuando veía que esto no era bastante para quebrantar la virtud de su cautiva, mandábala azotar rudamente y poner en más dura prisión o bien la obligaba a trabajar en los más penosos quehaceres. Encomendábase la joven a la Santísima Virgen y pedía a Dios valor para soportar tales sufrimientos, y el Señor se lo concedió, de manera que salió triunfadora de todas las pruebas y su virtud incólume de tan fieras asechanzas.

A los cinco años de cautiverio fué rescatada, tal vez por los religiosos de la Merced,

y entonces volvió a su ciudad natal, donde supo que sus padres habían muerto después de perder sus bienes de fortuna. Hallóse, pues, Francisca a los 25 años huérfana, pobre y desvalida; pero fortalecida y alentada por la fe, no desmayó su magnánimo corazón y pensó buscar en el trabajo los medios de una subsistencia decorosa. Dios recompensó a la noble doncella, que prefería la pobreza y el trabajo a vivir en una opulencia, a la que hubiere tenido que inmolar su virtud y halló la protección de una muy principal señora que iba a las Indias de Virreina.

Entró Francisca al servicio de la noble dama, y tanto agradó á ésta la discreción y natural bondad de la joven, que desde luego la protegió con largueza, hasta el punto de que bien pronto adquirió medios suficientes y aún sobrados para vivir independiente, aunque prefirió permanecer al lado de su señora.

La gran hermosura de Francisca, acrecentada por la tranquilidad de su existencia, así como su virtud, movieron la voluntad de muchos caballeros a solicitar su mano; pero ella después de reflexionar maduramente sobre tan grave asunto, conoció no ser la

voluntad de Dios que ella abrazase el estado del matrimonio, y a todos los despidió con muy corteses razones.

Vuelta a Sevilla entró, de edad algo avanzada, en el convento de los Reyes de esta ciudad, donde bien pronto la fama de su virtud pasó los muros del sagrado recinto, no obstante su gran modestia. Imposible sería contar las penitencias que se impuso y los muchos sacrificios que hizo; su corazón estaba inflamado de la más ardiente caridad, y así se hallaba dispuesta a aliviar los males de sus compañeras, por las que velaba con solícito cuidado. No obstante su avanzada edad, practicaba todos los actos de la comunidad y se distinguía en ellos por su gran fervor

Esta ejemplarísima mujer, digna por tantos títulos de que la posteridad conozca su nombre, murió a los 80 años de edad, dejando en su ciudad natal el imperecedero recuerdo de sus virtudes.

Véase: Matute «Hijos ilustres de Sevilla.» Historia de la V. Fundadora del convento de los Reyes.»

Ana Teresa de los Angeles

¡Santa virtud que al cuerpo sublimando
en él destruyes la mundana escoria,
la penitencia haciendo meritoria
y el sacrificio austero suave y blando!

A los santos ascetas imitando,
Ana buscó el camino de la gloria,
y del pecado consiguió victoria,
su delicado cuerpo flagelando.

Pero obtuvo de Dios gracia y favores,
y de sus penitencias los rigores
cambiarónse en dulzuras celestiales,

pues la encendida fe que la abrasaba
por el amor de Cristo transformaba
en dicha, sus martirios corporales.

Ana Teresa de los Angeles

(SIGLO XVII)

Distínguense muy particularmente los siglos XVI y XVII por su excesivo fervor religioso, que llevó a gran número de personas hasta aplicarse los más crueles tormentos por sí mismas, ya que no existían los sangrientos perseguidores de la fe de Cristo. La pura intención de aquellas almas elegidas y el divino amor que impulsaba todos sus actos, servía de disculpa á los hechos que realizaban, inconcebibles en nuestra época; practicando tan duras penitencias, que sólo su lectura extremece y aun tiénese por imposible que el delicado cuerpo humano pudiera sufrir tales flagelaciones.

Las crónicas de la Edad Media y aun de principios de la moderna están llenas de estos ejemplos, y horrorizan la enumeración de las penitencias a que se entregaban aquellos fervorosísimos cristianos: encerrábanse algunos en un reducidísimo nicho, practi-

cado, generalmente en el muro de una torre, tan bajo que apenas podían ponerse en pie, y en este sepulcro anticipado esperaban la muerte, alimentados por la caridad de los transeuntes; otros destrozaban sus carnes, haciéndose llagas incurables y pestilentes de las que todos huían, y otros, en fin, en penitencia de sus pecados, emprendían largas peregrinaciones a Roma o a los Santos Lugares, viajes en los que no pocas veces perecían a fuerza de privaciones. La fe de aquellos tiempos elevaba a estos penitentes a la categoría de mártires, y Dios, premiando el amor de sus fervientes servidores, hacía que sus virtudes fuesen ejemplo de su época y fuerte muro contra la corrupción de las costumbres.

Síntesis de aquel exaltado fervor fué Ana de los Angeles. No era ella la única que en su siglo padeció martirios voluntarios, pues muchas y muy nobles damas, abandonando las grandezas de sus palacios y la ostentación del mundo, pasaban su vida en la estrechez de una celda, desgarrando sus delicados cuerpos con cilicios y disciplinas, y sufriendo los más rigurosos ayunos.

D. Justino Matute en su obra «Hijos ilus-

tres de Sevilla» nos habla así de la venerable Ana.

«Ana Teresa de los Angeles, nació en Sevilla en 7 de Mayo de 1624 y se bautizó en la parroquia de S. Gil; fué hija de padres honrados aunque pobres, los que la educaron cristianamente; pero ella adelantó desde luego los fueros de su edad y de su sexo consagrando a Dios su virginidad y castigando su cuerpo varias veces a la semana con crueles disciplinas a cuyo grado llegó por medio de la oración y en su ejercicio empleaba gran parte del día y tres horas de la noche enagenándose frecuentemente abstraída en devotas contemplaciones. Fué tal su humildad, que viéndose honrada de las visitas de muchas señoras y caballeros de la ciudad, que conocían sus virtudes, jamás estos favores le sirvieron de otra cosa que de ocasión para mortificar sus débiles carnes: salía con frecuencia a la plaza de la Feria, donde la concurrencia es siempre grande, y a voces repetía: *Veis aquí a Ana boqueta*, para dar ocasión a la malignidad de los muchachos a que la ultrajasen; mas éstos siempre respetaron su humildad, sabiendo por lo que oían en sus casas, el grado de

santidad de Ana. En su mayor edad se hicieron contínuas sus disciplinas: aumentaron sus sus penitencias, ya echando tierra y ceniza en la comida, ya privándose del agua en los días más ardientes del estío; dormía en el suelo y una teja era su almohada: se sajaba las manos y lavaba las heridas con sal y jabón; puesta de rodillas y en cruz, ponía las manos sobre las llamas hasta que se tostaba la carne; finalmente, cuantas penitencias leía que habían hecho los santos, otras tantas ensayaba en sus carnes, ofreciendo estas mortificaciones por las almas del Purgatorio, de quien era devotísima. Además del voto de castidad, hizo el de pobreza y obediencia, según la regla de S. Basilio, los que cumpla ejemplarísimamente; por último, adoleció de su última enfermedad, y después de pasar acerbos dolores, murió abrasada en amor de Dios. Conmoviose Sevilla con esta muerte, acudiendo a ver a esta santa mujer, que fué enterrada en el convento de S. Basilio, en donde descansa en paz, y se le hicieron honras en 22 de Octubre de 1683, las que predicó el P. Maestro Juan de Soto.»

No obstante su pobreza, la obscuridad de

su origen y la humildad de su linaje, el nombre de Ana de los Angeles ha llegado hasta nosotros por las heroicas virtudes que practicó y bien merece la humilde sierva de Dios, ocupar un lugar al lado de sus ilustres paisanas que se distinguieron por los humanos conocimientos o el esplendor de su cuna.

D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán

Tras romántico amor que en ella impera
y el generoso corazón domina
va Feliciana al aula salmantina
y estudia allí, cual si un mancebo fuera.

Si desdeñada en su pasión primera
se vió, en cambio su musa peregrina
nos dejó un madrigal que ni Cetina
más perfecto y sentido lo escribiera.

A su ciudad natal volvió la dama
donde siempre vivió, según es fama,
con ingenio escribiendo y sutileza,

y de su vida en la postrer jornada
¡oh desdicha al talento reservada!
triste víctima fué de la pobreza.

D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán

(SIGLO XVI)

Hay en la vida de esta poetisa sevillana un episodio altamente romántico, que ha contribuido no poco a su mayor celebridad, y cuyo nombre salvóse del olvido por la poética aureola de que le rodeó esta leyenda o tal vez verídico suceso.

Según refiere Lope de Vega en su «Laurel de Apolo», hubo en la Universidad de Salamanca una joven llamada D.ª Feliciana, que disfrazada de hombre asistió durante tres años a las aulas de aquel docto centro, donde estudió filosofía y otras ciencias, mereciendo premios por su aplicación y buenas disposiciones; enamorose allí de un caballero ilustre y descubiertos al fin la condición y sexo de la dama, ésta, volvió a su ciudad natal. No se comprende el empeño que, los los biógrafos y comentaristas de D.ª Feliciana ponen en negar este episodio, en verdad no raro, en aquellos tiempos tan dados a ro-

mancescas aventuras: así, no era extraño entonces, ver más de una noble doncella vestida con atavíos masculinos, ya para volver por los fueros de su honor, ya para realizar alguna atrevida hazaña, impropia de la mujeril delicadeza. Cervantes disfraza muchas de sus heroinas con hábitos varoniles, como la hermosa y discreta Dorotea, y las señoras Teodosia y Leocadia en «Las dos doncellas», hijas ambas de hidalgos principales de Andalucía, y sabido es que el Príncipe de los Ingenios retrató en sus novelas las costumbres de la época. Todo lo cual, prueba que el andar una dama bajo tal mudanza, no argüía en ella ningún género de liviandad, sino alguna circunstancia extraordinaria en el curso de su vida. Verdadero o falso el interesante episodio que atribuye Lope de Vega a D.ª Feliciana Enríquez, en nada empaña el límpio cristal de su fama, pues siempre fué tenida por mujer de recatadas y honestas costumbres.

Dejando aparte lo que de leyenda hubiere en la vida de esta poetisa, he aquí, brevemente reseñada su biografía, según un eruditísimo estudio que, respecto a ella, hizo el Sr. Montoto de Sedas y que fué leido en la

Academia Sevillana de Buenas Letras en 4 de Diciembre de 1914, imprimiéndose a expensas de la Excma. Diputación Provincial.

Nació D.ª Feliciana en Sevilla, en el último tercio del siglo XVI y fueron sus padres D. Diego García de la Torre y Dª María Enríquez de Guzmán; tomó la poetisa los apellidos maternos, cosa nada extraña en aquella época que tanto deslumbraba a las gentes el brillo de ilustres blasones y el prestigio de rancios abolengos, y casó dos veces, siendo su segundo marido hombre de alcurnia y elevada posición, pues fué uno de los cuatro abogados de la ciudad.

Escribió D.ª Feliciana uns trágicomedia titulada «Los Jardines y Campos Sabeos» y en esta obra critica el olvido en que tenían los preceptos los escritores de su época y con sus sátiras y agudezas, procura detener la corriente de mal gusto que ya por entonces se enseñoreaba del teatro; dividió su obra en dos partes, que fueron impresas en Coimbra y Lisboa los años 1624 y 1627.

En la «Escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII» de D. Angel Lasso de la Vega, dice así de la poetisa: «Apesar de

de que sus obras no se vieron en los coliseos, los aplausos que hubo de recibir por su excelente modo de versificar, de las personas que la conocían, llegaron sin duda a engreirla y sugerirle no escasos encomios de sí misma a expensas de su modestia. Sentenció pues en su favor, el pleito sustentado ante el tribunal de Apolo y de las Musas, declarando *haber ganado la corona de laurel en el arte y preceptos de los cómicos antiguos, a todas las comedias y tragedias españolas compuestas hasta los tiempos del magno Felipe IV de las Españas.* Y no se contentó con esto, sino que pretendió además presentar como modelos las citadas tragicomedias.»

Aunque se conservan varios sonetos y otras composiciones de esta notable escritora, ninguna iguala a un bellísimo y tierno madrigal, lleno de galanura y delicadeza y que Lope de Vega atribuye a doña Feliciana. Díce así:

Dijo el Amor, sentado a las orillas
de un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio florecillas,
no retocéis con el lascivo viento;
que duerme Galatea, y si despierta,

tened por cosa cierta
que no habéis de ser flores
en viendo sus colores
ni yo de hoy más Amor, si ella me mira.»
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!

Los últimos días de tan insigne dama fueron en verdad bien tristes; aunque siempre gozó de una desahogada posición social, por visicitudes en la vida de los mortales, y más aún en la de los hijos predilectos de las Musas, vino a tan precaria situación, que vivía de la caridad: en efecto, los frailes del convento de S. Agustín de esta ciudad, mantenían de limosma a D.ª Feliciana, y no es aventurado suponer que aquella célebre poetisa, honor de las letras hispalenses, moriría olvidada de todos, menos de la caridad cristiana, eterna y piadosa madre de los míseros desvalidos.

D.ª Catalina de Rivera

De noble estirpe y ánimo elevado
con la del corazón santa grandeza,
empleo dignamente su riqueza
aliviando el dolor del desgraciado.

Un hospital á Cristo consagrado
fundó, y en él, con sin igual largueza,
socorrió al indigente en su pobreza,
curó al mísero enfermo desahuciado.

La excelsa y noble reina de Castilla
ayudó en su tarea meritoria
á la gran bienhechora de Sevilla

que á sus blasones añadió más gloria,
pues todo aquel que en las virtudes brilla
hace eterna y bendita su memoria.

D.ª Catalina de Rivera

(SIGLO XV AL XVI)

¡Viajero, si vas a Sevilla, antes de extasiarte en la contemplación de su catedral gótica y de la torre árabe, maravilla del mundo, antes de recorrer las encantadas estancias de su Alcázar y aspirar el perfume de los jardines hispalenses, y de admirar los barrios típicos y la belleza de sus hijas y los encantos mil que atesora... mira unos instantes el Hospital que llaman de la Sangre y piensa qué inmenso y misericordioso es el corazón de la mujer!

Fundadora del primitivo Hospital fué la piadosa y nobilísima dama D.ª Catalina de Rivera, cuyo nombre excelso llena en Sevilla todo el siglo XVI, no obstante ser tan grande esta centuria. En aquella época gloriosa en que resurgía el arte pagano en floración magnífica, cuando los príncipes y magnates sólo pensaban en saciar sus monstruosas ambiciones o sus locos placeres, la

austera viuda del Adelantado D. Pedro Enríquez discurría la manera de aliviar los ajenos dolores. Llegaban de América inmensas riquezas que aumentaban a diario la opulencia de Sevilla, mientras por el Guadalquivir venían las corrientes renacentistas de Italia traídas por la alegre pléyade de artistas que engalanaban con sus obras primorosas la ciudad, teatro de amores, contiendas y rivalidades. En este ambiente de un despertar pagano lleno de placeres é innovaciones, la figura de Catalina de Rivera adquiere inmenso relieve; soñaba la piadosa dama con invertir los cuantiosos tesoros de que el cielo la hizo depositaria, en una obra perdurable que fuese de mayor utilidad a Sevilla, que las fugitivas grandezas con que se adornaba, y en una casa de su propiedad en la calle de Santiago estableció un Hospital para la asistencia de mujeres, consagrándole al Redentor bajo el nombre de las «Cinco llagas», alcanzando del Pontífice Alejandro VI una Bula de Creación.

El Sr Collantes en su «Historia de la beneficencia en Sevilla» y Ortiz de Zúñiga, asocian al nombre de Catalina de Rivera el

de otra excelsa dama, la reina Isabel de Castilla, síntesis de la España caballeresca y creyente, mujer prodigiosa que, a haber nacido en otra época más distante de la nuestra, hubiéranse tenido sus proezas por invento de trovadores. La gran Isabel distinguía muy particularmente a D.ª Catalina, pues su padre, Adelantado mayor de Andalucía, fué siempre un magnate leal y valeroso defensor del trono, y además la caridad inagotable y las sólidas virtudes de la noble matrona, atraíanle todo el cariño de la reina, que según es fama visitaba a los enfermos del Hospital, repartiendo entre ellos alimentos y regalos.

Una véz concedida por la Santa Sede la debida autorización, empezó D.ª Catalina a organizar el Hospital, atendiendo cumplidamente a la administración del mismo y asignándole rentas de su cuantioso patrimonio. En una cláusula de su testamento, según cita el Sr. Collantes, encomienda a sus hijos el cuidado de continuar el sostenimiento de tan benéfico Asilo; dice así: «Mando que todas las cosas que están hechas para el hospital, que están en mi casa, se las den, y hasta cien colchones llenos de lana y cuarenta mantas

y todas las cosas que fueran necesarias y esto ruego a mis hijos para servicio de Dios, por el ánima de su Padre e mia, porque Dios los encamine a su Santo servicio que en todo lo que pudieren les encomiendo hagan por este hospital lo que yo hago.»

Murió la insigne bienhechora de Sevilla el 13 de Enero de 1505.

Continuó la obra de su piadosa madre, D. Fadrique Enriquez de Rivera, primer Marqués de Tarifa, pero habiendo muerto este prócer en 1535, nombró por albaceas a los tres priores de la Cartuja, S. Jerónimo y S. Isidoro del Campo. Estos religiosos adquirieron terrenos y levantaron el suntuoso edificio de estilo renacimiento, en el sitio que hoy ocupa y con arreglo a los planos del arquitecto Martín de Gainza, según dicen, González de León en su »Noticia artistida de los edificios de la Ciudad de Sevilla,» el ya citado Sr. Collantes, y el sabio arqueólogo Sr. Gestoso en la «Guía Artística.» Concluyose el edificio en 1559.

Los restos de D.ª Catalina de Rivera que primero descansaron en la iglesia del monasterio de la Cartuja, se encuentran hoy en la de la Universidad, en un magnífico sepul-

cro de estilo renacimiento plataresco, frontero a otro que guarda las cenizas de su esposo D. Pedro Enriquez.

Tal fué el origen del grandioso Hospital Provincial de Sevilla; tuvo por base el generoso corazón de una mujer, a quien esta ciudad honra y venera como a hija muy amada.

Susona

En la Aljamía obscura y misteriosa
que el Santo rey a los judíos diera,
por su talle gentil la Susona era
de las hijas de Abraham la más hermosa.

De sus ojos la llama voluptuosa
no había corazón que no rindiera,
ni voluntad rebelde o altanera
de que al fin no quedase victoriosa.

Sus locos amoríos, su hermosura
a los suyos llenaron de amargura;
mas de tanto pecar arrepentida,

mandó al morir, que su cabeza yerta
sobre el dintel clavada, de una puerta,
pregonase la infamia de su vida.

Susona

(SIGLO XV AL XVI)

Susona, la hermosa hebrea, piedra de escándalo de la Casa de Israel, Magdalena de la Aljamia, causó con sus locuras y liviandades la perdición de sus deudos y amigos..., pero murió arrepentida, su penitencia final borró sus pasados extravíos y por eso su memoria, envuelta en el piadoso velo de la conmiseración, ha llegado hasta nosotros en las intangibles alas de la leyenda, como un eco dolorido de los últimos extertores de la Edad Media.

En el barrio de Santa Cruz hay una calle estrecha, silente y misteriosa que lleva el nombre de la hermosa hija de Abraham. Un jardín cercano la perfuma... los poetas la conocen y los ojos del espíritu, que ven a través de los siglos y de las cosas, creen distinguir la cabeza de Susona clavada en aquellas solitarias paredes, para terrible escarmiento de propios y extraños.

Sabido es, que desde la conquista de Sevilla, tuvieron los judíos su repartimiento en esta ciudad, ocupando la Aljamía o Judería la parte que hoy comprenden las Parroquias de Sta. Cruz, Sta. María la Blanca y S. Bartolomé, con sus tres sinagogas, para las que el Rey D. Alonso X dió tres mezquitas. Además de la muralla que cercaba la ciudad, tenia este recinto otra interior, que empezando en el Alcázar, terminaba en la puerta de Carmona, y este barrio estaba formado por un verdadero laberinto de callejas angostas sucias y tortuosas, con casas pequeñas, al parecer, de escasos huecos a la calle, aunque por dentro eran muchas de ellas, grandes, opulentas y magníficas como palacios.

En una de estas viviendas habitaba el rabí Susón, uno de los hombres más ricos y prestigiosos de su raza; tenía una hija de tan maravillosa hermosura que todos los autores que se han ocupado de esta mujer, están conformes en decir, que otra más bella no había por aquel entonces en la ciudad de Sevilla, donde era conocida con el sobrenombre de la *fermosa fembra*.

Corrían pareja con sus encantos, el lujo

oriental con que se adornaba y la ligereza de su carácter, que llevóla a poner los ojos en un caballero cristiano, según se cree, de la noble familia de Guzmán. La hermosura de la hebrea llevó al cristiano hasta las obscuras calles de la Aljamía, en mal hora para los judios que pagaron bien caro aquel funesto amor.

El año 1481, llegaron a Sevilla por mandato de Sixto IV y de los Reyes Católicos, los Inquisidores generales del Santo Oficio, Fray Miguel y Fray Juan, provincial y vicario de la orden de Sto. Domigo y el Doctor Medina clérigo de S. Pedro, siendo en esta época asistente de Sevilla, D. Diego de Merlo. El objeto de la llegada de tan temibles varones no era otra que perseguir a hebreos y judaizantes; el terror se apoderó de los moradores de la Aljamía y el lugar donde se reunieron los hombres más prestigiosos de la raza de Israel, fué la casa del rabí Susón, para tratar la manera de defender sus vidas del peligro que las amenazaba.

Era la noche del Jueves Santo del año 1481; el más completo silencio y la más densa obscuridad, reinaban en la ciudad de Sevilla; en la parte habitada por los cristia-

nos, tan sólo rasgaba las tinieblas, algún vacilante farolillo que ardía ante un piadoso retablo; pero en las estrechas calles Judería las sombras envolvían de tal manera las casas que apenas se podían distinguir.

En la más apartada estancia de la vivienda de Susón, se habían reunido aquella noche los principales representantes de los Alhamias de Sevilla, Utrera, y Carmona; eran estos: (1) Benadova, el más anciano de todos; Abalofia *El perfumado;* Alaman, el de *los muchos fijos alemanes;* los *Adalfes* de Triana y Cristóbal López de Monvadura; todos hombres ricos y poderososos, que podían armar gran tumulto en la ciudad, en cuya algarada pensaban dar muerte a sus enemigos.

Mientras tan graves asuntos se trataban en una parte de la casa, en las ricas habitaciones de la hermosa Susona, se entregaba ésta a la desesperación, pués el noble Guzmán no acudía a la cita; varios días habían

---

(1) De un antiguo manuscrito que existe en la Biblioteca Colombina de esta ciudad y se supone copiado de otro que se escribió hacia el siglo XVI.

transcurrido sin verle y la bella judía devoraba su dolor y sus lágrimas entre el lujo espléndido de su oriental gabinete; asomada a la celosía, penetraban las tinieblas sus ojos mas obscuros que la noche; por fin distingue una gallarda figura envuelta en una capa..... Era el cristiano, que sin temor al respeto debido a aquel santo día, llegaba rendido de amores a las plantas de la hermosa hebrea.

Con el atrevimiento propio de la edad y de una torcida pasión, pidió el caballero a Susona la llave de una pequeña puerta que tenía un jardín a espaldas de la casa; la enamorada e imprudente joven accedió y equivocando el mozo el camino fué a parar, por un estrecho pasadizo, hasta la puerta de la estancia donde los judíos celebraban su conspiración. El cristiano oyó horrorizado los planes que allí se tramaban y la malaventurada Susona causó la ruína de los suyos.

. . . .

Del sombrío castillo de S. Jorge, situado en la orilla derecha del Guadalquivir, salía una fúnebre comitiva que ponía pavor en los corazones: dos hileras de frailes marcha-

ban delante llevando velas encendidas; detrás de ellos, Susón y sus compañeros condenados a la hoguera y por fin el Alguacil mayor y los Inquisidores, montados en sendas mulas y con mucho acompañamiento.

Cuentan de Susón el siguiente rasgo, cuando iba al suplicio; como hombre rico estaba acostumbrado a llevar magníficas vestiduras y mirando con pesar la tosca soga que oprimía su cintura uno de cuyos cabos arrastraba por el suelo, dijo a un hombre del pueblo que cerca de él iba: «¡Vamos, hombre, álzame esa toca tunecíl» Exclamación que con amarga ironía pinta el estado a que se veía reducido.

La terrible sentencia tuvo lugar en el prado de S. Sebastián que fué el sitio donde primero estuvo el Quemadero; éste se componía de cuatro postes de ladrillo y sobre cada uno de éstos había una estatua de barro cocido. Según Alonso Fuentes, poeta sevillano que escribió hacia 1545, el artífice que construyó aquel Quemadero, fué el primero que en él se quemó.

Muerto Susón y confiscados sus bienes quedó su hija sin otra riqueza que su maravillosa hermosura, de la cual hizo mercancía

de cristianos y judíos. El Obispo D. Reginaldo mandó encerrarla en un convento, pero bien pronto dejó aquel santo recinto para entregarse a mayores liviandades, hasta que la muerte llamó a las puertas de aquel corazón extraviado, pero no perverso.

La *fermosa fembra* ya no era más que una triste sombra de su pasado; el arrepentimiento invadía su espíritu y lavaba aquella alma manchada, y nueva Samaritana bebía en el manantial de la Divina gracia que purifica cuanto toca.

Su muerte fué ejemplarísima y ordenó que su cabeza, aquella cabeza hermosa, causa de tantos males, fuera colocada sobre el dintel de su puerta, para castigo de sus culpas y escarmiento de todos.

Algunos autores afirman que, hasta principios del siglo XVIII estuvo la calavera de Susona clavada en la pared de una casa de la calle del Ataud.

El poeta que visita estos sitios recuerda la historia de la hermosa hebrea y algunas veces llora...

D.ª Guiomar de Manuel

¡Bendita caridad, que toma a veces
de una mujer la celestial figura
y enviada por Dios desde la altura
los bienes de su amor nos da con creces!

Ella eleva en el templo santas preces
cura el dolor y alivia la amargura
y del que gime en la mazmorra obscura
cambia en resignación las arideces.

Tal fué D.ª Guiomar, noble matrona
de su ciudad natal gloria y corona,
envuelta de virtud en el perfume,

pues dando sus riquezas terrenales
en la Patria de dichas inmortales
otras halló, que el tiempo no consume.

D.ª Guiomar de Manuel

(SIGLO XIV AL XV)

Enumerar las obras buenas que han brotado del corazón de la mujer al dulce calor de las virtudes cristianas, sería, si no imposible, por lo menos tarea tan larga y prolija que daría cansancio al lector. No hay época en la Historia en la cual las mujeres no hayan acudido solícitas á remediar los males causados por los hombres, y muy particularmente desde que el Cristianismo les mostró nuevos horizontes señalándolas rango y categoría en la sociedad.

Desde tan remota fecha, vemos que las mujeres se han ocupado en ejercer todas las obras de misericordia y no abandonan a los mortales ni aun al borde de la tumba, que hasta más allá van sus plegarias y oraciones, como benéficos espíritus de bienandanza y perdón.

En la Edad Media, como es sabido, era frecuente que los príncipes y magnates se

disputasen con verdadera saña un palmo de terreno de sus convecinos, y hasta entre parientes hubo esas luchas por la herencia paterna, como lo cuenta la historia de Sancho II despojando a sus hermanos. El señor feudal era no pocas veces un bandido que saqueaba a sus vasallos y enemigos... y en tanto ¿qué hacía la castellana? Preparaba los bálsamos y ungüentos hechos por sus manos piadosas, para curar a los mesnaderos heridos, acogía a los romeros que iban a la Ciudad Santa y muchas de estas *ricas fembras*, contrastando con la ambición de los hombres, se desprendían de sus riquezas terrenales construyendo iglesias y monasterios donde iban a terminar su vida. A pesar de la crasísima ignorancia de aquella época turbulenta y supersticiosa que atribuía ciertas enfermedades a sortilegios y maleficios, abandonando cruelmente a los desdichados que las padecían, la mujer sostenida por la heroica fortaleza que da la fe e iluminada por el vivo resplandor de la caridad, sobreponíase a los prejuicios de su tiempo (que no poca virtud se necesita para esto) y curaban llagas asquerosas y males repugnantes, como hacían Santa Isabel de Hungría, Edith, reina de

Inglaterra y tantas otras. Siempre inclináronse al perdón y á la misericordia y hasta las mismas gracias corporales, conque el Cielo dotó a muchas, sirvieron para alcanzar beneficios a los pueblos, como nos cuentan las Sagradas Escrituras de la dulce Esther y la esforzada Judit.

En los linderos donde acaba la Edad Media y empieza la Moderna, se encuentra en los anales de Sevilla el nombre de la piadosa, benéfica y caritativa D.ª Guiomar de Manuel, cuyas obras buenas nos cuentan Arana de Varflora, Ortiz de Zúñiga y otros historiadores de las grandezas de esta ciudad. El primero de los citados autores dice así: »Sevillana nobilísima, descendiente de San Fernando y parienta de la reina D.ª Juana Manuel, esposa del rey D. Enrique II, fué tanta su nobleza y más esclarecida su piedad. Los opulentos caudales que poseía los dedicaba á la religión. Su corazón compasivo no podía mirar con indiferencia las agenas calamidades y nunca juzgaba su hacienda mejor empleada que en socorro de los pobres. Señaló limosna anual a los conventos de Santa María la Real, San Leandro y las Dueñas, con obligación de que cierto número rezasen

en su sepultura. En favor de los presos de la cárcel reedificó el edificio y llevó á él agua de pie, de que le hizo merced el rey, labrando á su costa cañerías y fuentes. Enladrilló muchas calles de la ciudad y construyó dos salinas una en Utrera y otra en Sanlúcar de Barrameda. A todos los conventos de Sevilla señaló grandes legados y el resto de su opulenta fortuna para construir el Templo Mayor. Murió en Noviembre el año 1426.» Diósele sepultura en la Catedral, en la parte de la antigua iglesia que aun no se había derribado y en una lápida de bronce se puso el siguiente epitafio: «Aqui yacen los señores Manuel Saunines y Juana Gonzalez su mujer y Guiomar Manuel su hija, la que dejó grandes dotes a esta Santa Iglesia y muchos bienes á esta ciudad. Falleció en Noviembre de M.CCCC.XXVI.»

Debido al cuantioso legado de esta generosa dama, las obras de la Catedral recibieron grandioso impulso, pues hallábanse algo maparalizadas por la carencia de recursos materiales, así es que terminado el templo, colocáronse los cadáveres de la insigne Guiomar y de sus padres entre la capilla Real y la de San Pedro. Dice D. Félix González de

León en su obra «Noticia artística, histórica etc., de la Ciudad de Sevilla» que «allí existió una lápida de bronce hasta el año 1791 en que se quitó para baldosar aquel sitio, pero se copió la inscripción en otra plancha pequeña de cobre con letras resaltadas que se colocó y está en el pilar de la nave mayor frente á la capilla Real.» Dicha inscripción está en latín y traducido al castellano dice así:

«A Guiomar Manuel, noble y piadosísima mujer, de sus padres que consigo quiso, puestos en el mismo sepulcro, y de su patria benemérita, como después de la egregia magnificencia de la Sal, al Senado y pueblo de Sevilla y de la de las fuentes de agua para el beneficio de la cárcel, de la comodidad de empedrar las calles, como una parte también de sus riquezas, á Dios óptimo máximo, dedícase en la fabrica de este templo, los padres de esta Iglesia con igual piedad cuidaron de ponerle esta piedra con elogio. Descanse en paz.»

No terminaré estas breves noticias de la nobilísima y caritativa D.ª Guiomar, sin citar la insigne cuanto merecida alabanza que en su loor hace el analista Ortiz de Zúñiga.

Después de reseñar en diversos parajes de su obra las magníficas obras de tan ilustre sevillana, dice: «Notable y famosa mujer, que a nacer entre los Romanos cuando sus gentílicos ritos carecían de la luz de la fe, le hubieran erigido estatuas y levantado templos mejor que a su Flora, cuando aquélla si fué bienhechora de la República vivió entre vicios y ésta entre virtudes y castos ejemplos. Por este mismo tiempo dió un grueso socorro a la ciudad en beneficio de lo público para que ladrillasen sus calles, obras de que aún permanecen vestigios; los socorros que ordinariamente daba a las Religiones y a toda suerte de pobres, eran crecidísimos e igual la notable felicidad con que Dios aumentaba los bienes al paso que más liberalmente los repartía a los necesitados».

Una calle de esta ciudad, que desemboca en la de Zaragoza, lleva el poético nombre de D.ª Guiomar y recuerda a aquella insigne dama, que, como Catalina de Rivera, amaron profundamente a Sevilla y dejaron huellas de este santo amor en sus trascendentales beneficios.

D.ª María Coronel

Del tiempo medioeval en que naciste
fué tu dulce hermosura peregrina,
rayo de blanca luna que ilumina
la noche obscura, tormentosa y triste.

¡Ay infeliz mujer...! con ella hiciste
brotar una pasión tan libertina
que antes que consentir, tu faz divina
en espantosa llaga convertiste.

Quedó atónito el rey al ver tu hazaña...
Castilla, Andalucía, toda España
de tan alto heroísmo se asombraron;

el claustro te brindó paz y ventura,
y mil veces más grande tu hermosura
desde el cielo los ángeles miraron.

D.ª María Fernández Coronel

(SIGLO XIV)

Entre las tradiciones que han llegado hasta nosotros envueltas en el misterioso velo de la leyenda y consagradas por la fe de muchas generaciones, pocas hay que enaltezcan tanto a la heroína de ellas como la que ha hecho inmortal el nombre de doña María Fernández Coronel.

En vano la Crítica implacable y fría, enemiga eterna del bello misterio que simboliza las grandes acciones, bajo pretexto de esclarecer los acontecimientos y deshacer errores, pretende negar la heroica acción de la Coronel y no ve en esta nobilísima dama más que la mujer de un magnate turbulento y ambicioso de los muchos que en aquella revuelta época mostráronse ya amigos, ya adversarios del tiránico Pedro I de Castilla; sin embargo de esto, la figura de la esposa de D. Juan de la Cerda surge de las nebulosidades del tiempo, resplandeciente y maravillosa con la aureola que ciñe a su frente el

sacrificio de su hermosura en aras de su honestidad. La historia de D.ª María Coronel es una página de oro en aquel siglo de traiciones y liviandades y tan alto pone el decoro de la mujer, que el espíritu español, siempre caballeresco y romántico, rinde pleitesía a la memoria de tan ilustre dama y no obstante las investigaciones históricas, concede entera fe a la leyenda, por la noble propensión que hay en nuestra patria hacia todo lo heroico, maravilloso y sobrenatural.

D. Alfonso Fernandez Coronel y D.ª Elvira Fernández de Biedma, fueron los progenitores de D.ª María que nació en Sevilla el año 1334 siendo bautizada en la iglesia del Sagrario que existía en el sitio que hoy ocupa la Catedral. Fué su padre un poderoso y altivo señor que alzó bandera de rebelión contra el rey D. Pedro, haciéndose fuerte en su villa de Aguilar que fué tomada después de un largo asedio: cuéntase que cuando entraron las tropas reales, D. Alfonso estaba oyendo misa y que al notificarle la pérdida de la plaza contestó que le dejasen acabar de cumplir su devoción (1). ¡Admirable ejem-

(1) Lafuente, Historia General de España.

plo de entereza y serenidad! El noble magnate fué degollado a presencia del monarca que tan funesto había de ser para toda la familia de los Fernández Coronel.

Volviendo a D.ª María, debió ser extraordinariamente hermosa cuando hasta nosotros ha llegado la fama de su peregrina belleza y en cuanto a su virtud, el hecho heroico que se le atribuye y el prodigio de su incorrupto cuerpo bien demuestran la santidad de tan venerable dama. Casó siendo muy joven con D. Juan de la Çerda, mandado decapitar por orden de D. Pedro de Castilla y una vez viuda, no obstante su juventud, retiróse al convento de Sta. Clara y más tarde fundó en su casa solariega un monasterio de monjas clarisas bajo la advocación de Sta. Inés.

Enamorado el rey D. Pedro de D.ª Aldonza Coronel, hermana de nuestra heroína y mujer de D. Alvar Pérez de Guzmán, también asesinado por orden del cruel monarca, rindió éste con facilidad el corazón de la dama aque alojada en la Torre del Oro, compitió por algún tiempo con María de Padilla. Creyó D. Pedro que lograría asímismo los favores de D.ª María Coronel y llevó su osadía hasta poner los ojos en la noble viuda

de D. Juan de la Cerda que, recluída en su monasterio, hallábase entregada a la oración y demás piadosos ejercicios. La tradición cuenta que el rey, entrando en el sagrado recinto, pretendió atropellar el honor de la santa dama y ésta, para apagar los impuros deseos del monarca sin acceder a ellos, abrasóse el hermoso rostro, mostrando hecho asquerosa llaga lo que antes era encanto y embeleso de los ojos. Quedóse D. Pedro atónito ante aquel acto de heroicidad sobrehumana y aún se cree que devolvió a su víctima los bienes que le había confiscado.

Murió D.ª María en 1411 en opinión de santa, siendo abadesa de una numerosa y muy devota comunidad en el convento de Sta. Inés. Hasta el año 1696 permaneció su cuerpo en el mismo sepulcro con el de su esposo y una hija de ambos que murió siendo niña de corta edad; pero deseando la comunidad exhumar los restos de su fundadora para colocarlos en sitio más público, hallaron su cuerpo entero, flexible e incorrupto entre los huesos de su esposo y las cenizas de su hija; sin embargo, hasta 1833 no fueron trasladados los sagrados restos de D.ª María a presencia del Provisor de la diócesis asistido

de notarios y de cuatro profesores de medicina que certificaron que en aquel estado de flexibilidad y frescura del cuerpo de la difunta no existía embalsamamiento ni momificación artificial, hallándose a los 423 años de su muerte como en el instante de exhalar su último aliento. (1)

En el coro del monasterio de Sta. Inés de esta ciudad existe la urna que guarda el venerable cuerpo de su fundadora: el piadoso pueblo sevillano acude todos los años el día dos de Diciembre a contemplar los restos de D.ª María Coronel y el espíritu soñador, enamorado de todo lo maravilloso, recuerda el acto heroico de la insigne matrona que venció con su virtud al rey más tirano de la Edad Media.

(1) Véase: Anales de Sevilla, por Velázquez y Sánchez.

Urraca Ossorio y Leonor Dávalos

Va a arder la hoguera con furor insano
esperando la víctima inocente,
que con incierto paso y faz doliente
ya se acerca al patíbulo inhumano.

El compasivo pueblo sevillano
contempla con horror la pira ardiente
donde Urraca, con noble continente,
sucumbe por sentencia del tirano.

Haciendo más horrible la tortura,
alza el viento la tosca vestidura
de doña Urraca, que su afrenta llora...

Leonor corre a la encendida pira
cubre a la dama y en el fuego expira
salvando así el honor de su señora.

Urraca Ossorio y Leonor Dávalos

(SIGLO XIV)

Así lo refiere la tradición, lo canta la poesía, lo consagra la leyenda y los ojos piadosos vierten una lágrima al recuerdo de la sublime Leonor y de su desventurada señora. Las historias no consignan este crimen del funesto rey D. Pedro I de Castilla, pero hasta nosotros ha llegado en el soplo misterioso de la narración y se conserva de unas en otras generaciones, por que no se escribió en libros, ni se grabó en metales, sino en algo más inmutable como es el espíritu humano.

En sus bellísimas «Tradiciones sevillanas» ya lo dijo el notable poeta señor Cano y Cueto:

«No hay mármol que celebre
tan singular hazaña;
pero el sencillo vulgo
que su memoria guarda
cuenta la triste historia

con pasmo y entre lágrimas,
y un siglo que la escucha
al otro la relata.....
¿Qué estatua es tan eterna
cual tú tradición santa?»

D.ª Urraca Ossorio era una nobilísima dama, madre de D. Juan Alfonso de Guzmán, señor de Sanlúcar y más tarde conde de Niebla que descontento del rey D. Pedro, pasó al bando de D. Enrique de Trastamara. Bien ajena a las luchas políticas e inocente de todo cuanto se tramaba contra el monarca, la piadosa Urraca vivía en Sevilla haciendo una vida harto retirada, cuando el rey D. Pedro la mandó poner en prisiones y después de confiscar sus bienes, ordenó fuera quemada viva en un sitio de las afueras de la población, que por ser lugar bajo y recogerse las aguas en épocas de lluvias, se llamaba la Laguna y hoy es la Alameda de Hércules.

El ánimo entristecido se resiste a recordar y la pluma a describir aquellas horribles ejecuciones de los bárbaros siglos medioevales y no es aventurado suponer que entonces causaba menos impresión su vista que ahora

su recuerdo. Acompañaba a D.ª Urraca en su última y dolorosa salida una doncella o dama de compañía llamada Leonor Dávalos, muy querida de su señora por sus virtudes y fidelidad, que quiso compartir con su dueña las estrecheces de la prisión y ni un punto se había separado de ella. Puesta la infortunada Ossorio en la hoguera y atada a un poste, empezaba a sentir la mordedura de las llamas en sus carnes, cuando levantándose un fuerte huracán alzó las vestiduras de la infeliz dama, que impotente para cubrir su desnudez sufriría en aquellos instantes un tormento mil veces más fiero que el que ya destrozaba su desmayado cuerpo y entonces la santa, la heróica, la sublime Leonor, corre a la hoguera y abrazada a su señora, la oculta a los ojos de la multitud horrorizada que vió, como el mismo fuego consumía los enlazados cuerpos de aquellas dos inocentes víctimas. (1)

¡El pudor de la mujer, se ha salvado... Bendita sea la tradición!

---

(1) En el Monasterio de S. Isidoro del Campo, se conservan las cenizas de la ilustre Urraca Ossorio y tal vez las de su virtuosa doncella.

Zayda

(REINA DE CASTILLA)

Espléndida y risueña como aurora
que anuncia un claro día de verano
aparece en el reino castellano
la gallarda y gentil princesa mora.

Su virtud y su gracia encantadora
unen al musulmán con el cristiano
pues dando a Alfonso corazón y mano
de la noble Castilla fué señora.

Por el amor que hacia su esposo siente
abjura las doctrinas de Mahoma
y sigue con ardor la fe cristiana;

el dulce nombre de María toma
y fama de mujer digna y prudente
da la Historia a esta ilustre sevillana.

Zayda

(Reina de Castilla)

(SIGLO XI)

La dulce y poética figura de Zayda, la hermosa princesa mora, es en la historia de la España musulmana como una leyenda dorada en un fatigoso capítulo de batallas. La Crónica no cuenta de la hija de Ebn Abed, grandes hechos ni varoniles hazañas, pero su corazón exquisitamente femenino dió origen a una página de amores, que aún después de 800 años deleita con el romántico candor que en ella se vislumbra.

Ebn Abed o Al-Motamid rey moro de Sevilla, tenía una hija, cuya singular hermosura era sólo comparable con su mucha gracia y honestidad; la Crónica general dice de ella que «era gallarda, crecida y bien proporcionada.» Muchos principales señores pretendían la mano de tan hermosa princesa, pero ella habiendo oído ponderar las buenas prendas de Alfonso VI, rey poderoso y aún

más grande en el ánimo que en los estados, enamoróse del monarca cristiano por lo que de su gallardía y esfuerzo la fama refería. Deseaba Ebn Abed la amistad del castellano como su más poderoso vecino y a instancias de su hija mandole una embajada para que señalase lugar donde pudieran verse y que si gustaba tomara a Zayda por esposa, pues a la sazón Alfonso VI se hallaba viudo. Consultó el monarca el parecer de los grandes señores de su reino y estos aconsejáronle que accediera a la petición del árabe pues con tanta urbanidad había sido hecha; además conveniale la alianza con el régulo andaluz de quién esperaba ayuda para conquistar a Toledo, gobernada a la sazón por Yahia Al-Hedir enemigo de Ebn Abed de Sevilla.

Señalado el lugar, presentose Zayda el día convenido, rodeada de espléndida comitiva y deslumbrante de juventud y de belleza. Ataviábase con una túnica de seda celeste franjeada de oro sobre la que caía otra más corta de finísima gasa blanca con flotantes mangas; al cuello llevaba preciosos collares de perlas de purísimo oriente que cubriendo el pecho llegábanle hasta la cintura y entre los negros cabellos brillaban diamantes y

otras ricas piedras a través de los velos que envolvían su cabeza. Quedó Alfonso deslumbrado a la vista de tan peregrina beldad y al punto rindió su corazón a la hermosa doncella, quién a su vez culpó a la fama de haber sido demasiado escasa al ponderar las buenas prendas del rey de Castilla.

A esta alianza oponíase la diferencia de religión; pero en el tierno corazón de Zayda había nacido un amor tan vehemente como profundo y ya por convincción o ya por afecto, abrazó con fervor la religión cristiana bautizándose con los nombres de María Isabel, aunque el rey siempre la llamó el segundo por parecerle gran desacato, según dice la Crónica, hacer vida de matrimonio con mujer que llevara el nombre de la Madre de Dios.

Recibió Alfonso en dote al casarse con la princesa sevillana las ciudades de Cuenca, Huete, Consuegra, Ocaña, Mora, Alarcos y otros fuertes castillos. Indecible fué el gozo de Zayda, cuando realizados sus deseos pasó a Castiila con su esposo y al año siguiente de su matrimonio tuvo un hijo, el infante D. Sancho que había de morir muy joven en la batalla de Uclés. La reina Isabel murió

a los pocos años de su matrimonio al dar a luz un segundo hijo: su muerte ocurrió en 1099 según un epitafio que hay en el monasterio de Benedictinos de Sahagún: sin embargo, supónese trasladarían su cuerpo a S. Isidoro de León, donde otro epitafio dice: «Isabel reina, mujer de Alfonso VI que primero se llamó Zaida.»

Se ha puesto en duda si el matrimonio de el rey Alfonso fué simulado y sólo por apoderarse de las ciudades que llevó en dote Zaida, pero tanto ésta como su padre obraron de buena fe. Además no es creíble que la hija de un tan poderoso y sabio monarca como Ebn Abed había de pasar a ser amiga o concubina del rey de Castilla, como si fuese una esclava. El Tudense dice que «el rey la recibió como por mujer» y la Crónica general «E tomola el rey por aver a Toledo mejor parada.» Isabel comienza a aparecer como reina en las cartas y privilegios del rey Alfonso desde 1095. En un privilegio de 25 de Enero de 1103 da el rey a su esposa Isabel los nombres de *dilectissima* y *amatissima*; y en otro se lee: «*Elisabet Regina divina.*» (Historia de España de Lafuente.) Todo lo que prueba que Zaida fué

reina de Castilla y esposa legítima de Alfonso VI quién la amó tiernamente durante los pocos años que duró su feliz unión.

Véase: Flores, ‹Reinas católicas.› Lafuente, Historia General de España. Matute, «Hijos ilustres de Sevilla.»

Itimad

(REINA ÁRABE DE SEVILLA)

Del ancho río en la feraz ribera
donde Isvilia sus ocios esparcía
los versos de Itimad el rey oía
con afable sonrisa placentera;

y la que esclava solamente era,
¡oh poder de la excelsa poesía!
al trono egregio del sultán subía
para su esposa ser y compañera.

El monarca la amó con gran ternura
en los fugaces días de ventura
y en los azares de su vida inquieta...

y la bella Itimad siempre constante
en el destierro fué la esposa amante
del triste Almotamid, el rey poeta.

Itimad

(Reina árabe de Sevilla)

(SIGLO XI)

En el último tercio del siglo XI por el año 1086 reinabá en Sevilla Al Motamid Ebn Abed, poeta inspiradísimo, amante de las letras, protector de los sabios, y tan célebre por su elevada inteligencia como por sus muchas deventuras y triste fin.

Por aquel tiempo ocupaba el trono de Castilla Alfonso VI que después de la toma de Toledo cobró tal ánimo para emprender nuevas conquistas, que decidiose a acabar con los pequeños reinos árabes de Taifas, última derivación del poder musulmán. Los régulos andaluces alarmados por la actitud de los cristianos, llamaron en su auxilio a los Almoravides o Lamtunies, tribus africanas guerreras y feroces, que vinieron a nuestra Península en número considerable y después de vencer en Zalaca a Alfonso VI volvieron sus armas contra los mismos que

les habían llamado, acabando con los reinos de Taifas. El infortunado Al-Motamid obligado a capitular, hubo de entregar la ciudad de Sevilla a Seir Abu Bekr, embarcando para Africa con sus mujeres, hijos y esclavos. Dice el historiador Lafuente: «Cuando por última vez desde la nave que los conducía por el Guadalquivir volvieron los ojos hacia la bella ciudad de Sevilla, abierta como una rosa en medio de una florida llanura, según frase de un autor árabe, y vieron desaparecer las torres de su alcázar nativo como un sueño de su grandeza pasada, sus mujeres e hijos saludaron con desgarradores lamentos aquella patria que no habían de ver más.» Ebn Abed murió en la fortaleza de Agmat, triste y miserablemente: inmerecido fin de aquel noble rey, que en la época de su grandeza siempre mostrose liberal y benigno.

Hecha esta breve disertación histórica, he aquí ligeramente reseñada la narración que hasta nosotros ha llegado, respecto á la hermosa y poética Itimad.

Paseaba Al Motamid con su amigo el poeta Ibn Ammar por un sitio en extremo agradable a orillas del Guadalquivir llamado «Pradera de plata» donde el pueblo de Se-

villa acostumbraba a solazarse cuando fijó la vista en las aguas del río que se rizaban suavemente a impulsos del viento de la tarde y compuso el siguiente verso:

«Labra el viento en estas aguas fina malla»

Rogó Motamid á su amigo que terminase la improvisación, pero como no acertase enseguida, una muchacha del pueblo que estaba cerca, lo hizo de este modo:

Si se helase ¡qué defensa en la batalla!»

«Admirado de oir a una muchacha improvisar con más prontitud que Ibn Ammar, refiere Dozy en su «Historia de los Musulmanes Españoles». Motamid la miró con atención. Quedó encantado de su belleza y llamando enseguida á un eunuco que lo seguía á alguna distancia, le mandó llevar la improvisadora a su palacio, al que se apresuró a volver. Cuando le presentaron a la joven la preguntó quien era y en qué se ocupaba. Me llamo Itimad, le contestó ella, pero más comunmente me llaman Romaiquia, porque soy esclava de Romaic y mi profesión es muletera. Dime, ¿estás casada? No señor. Tanto mejor, porque voy a comprarte

a tu amo, y a casarme contigo. Motamid amó a Romaiquia con amor inalterable. Sus caprichos y sus antojos hacían la dicha y la desesperación de su esposo, obligado a satisfacerlos a toda costa, porque una vez que se la metía una idea en la cabeza nadie se la podía sacar.[1]

«..... El rey Abenabet de Sevilla era casado con Romayquia, et amabala muy más que a cosa del mundo, et ella era muy buena mujer, et los moros han de ella muy buenos enxemplos; pero una manera había que non era muy buena, esto era, que a las vegadas tomaba algunos antojos a su voluntad. Et acaesció que un día estando en Córdoba en el mes de febrero cayó una nieve, et cuando Romayquia vió ésto comenzó a llorar, et el rey preguntole por que lloraba, et ella le dijo que por que nunca la dejaba estar en tierra que hubiese nieve. Et el rey por le facer placer, fizo poner almendrales en toda la tierra de Córdoba, por que pues Córdoba es tan caliente tierra et non nieva y cada año en el febrero paresciesen los almendrales floridos, et semejasen nieve, por le facer perder aquel deseo de la nieve.» (El Conde Lucanor.)

Elevada Itimad por su ingenio y belleza desde la obscura condición de esclava a la de mujer legítima del rey más poderoso de los dominios musulmanes, mostrose siempre digna de su alto puesto. Después de algunos años de dichosa tranquilidad, vinieron los aciagos días de que al principio se ha hecho mención, y la dulce poetisa, amantísima esposa del desventurado monarca, siguió a este en el destierro, y procuró con su cariño endulzar las tristes horas que en la fortaleza de Agmat en Africa, pasó el destronado rey de Sevilla: por eso la tradición conserva, como preciado recuerdo, el nombre de esta mujer, pues, ante todo fué esposa modelo por su fidelidad y resignación en la época de tristeza y desventura.

Santa Aurea

El lirio de los valles se engalana
con las divinas perlas de la aurora
y el alma con las lágrimas que llora
a impulsos de la ardiente fe cristiana.

Así lloró la virgen sevillana
sus dudas, su flaqueza de una hora
mas quedó en el martirio vencedora
de la inconstante condición humana.

Su cuerpo que envidiaran las huríes
cubierto con su sangre de rubíes
colgado en un patíbulo infamante,

halló en el Bétis blanda sepultura
mientras cruzando la celeste altura
subía a Dios su espíritu triunfante.

Santa Aurea

(SIGLO IX)

El califato de Córdoba había llegado en los albores del siglo IX al apogeo de su explendor y poderío: dicha ciudad era el centro de la civilización de Occidente y a ella convergian los sabios más célebres que engrandecíanla intelectualmente con los resplandores de su ciencia, como los califas hermoseábanla en el orden material con suntuosas mezquitas, magníficos baños y soberbios alcázares.

El punto culminante de la civilización musulmana corresponde al reinado de Abderramán II que ocupó el trono el año 822. Las crónicas arábigas dicen de este monarca, que era benigno, liberal y justiciero; pero si entre los suyos dejó el recuerdo de sus bondades, para nosotros queda su gloria eclipsada por la sangre de los cristianos, cuyas persecuciones hacen recordar aquellos heróicos mártires de los primeros siglos de la Iglesia.

El antagonismo de raza, la diversidad de religión y el celo exagerado de los sacerdotes de ambos pueblos, dieron origen durante la mitad del siglo IX a una terrible persecución de que fueron víctimas los mozárabes de Andalucía: infinito fué el número de los que corrieron a dar su sangre generosa en holocausto de la fe y como siempre sucede en casos análogos, la crueldad de los musulmanes, sólo servía de poderoso estímulo a aquellas generaciones heroicas, que espiraban gozosas en los más horribles suplicios, inpuestos los ojos y el pensamiento en las inmarcesibles cumbres de la gloria.

El califa Abderramán enfurecido al ver el menosprecio que los cristianos hacían de su secta y de sus tormentos, mandó publicar por todos sus reinos y señoríos un edicto contra ellos que decía: «que el que injuriase a un moro fuese azotado por ello, el que lo hiriese fuese muerto y el que dijese mal de Mahoma fuese martirizado con grandes tormentos.»

En época de tan duras pruebas para la Iglesia cristiana, vino al mundo en Sevilla la santa virgen Aurea hija de un noble musulmán y de una dama de acrisolada virtud

llamada Artemia. Era Aurea, según cuentan sus biógrafos, conforme en todo con su nombre así en lo exterior como en lo interior, pues si su cabellera semejaba oro finísimo, no era menos precioso su corazón «esmaltado de heroicas virtudes.» Educábala su madre muy cristianamente y así la doncella iba creciendo no menos en espirituales perfecciones que en corporal hermosura, siendo encanto y admiración de cuantos tenían la dicha de verla.

Después del martirio de sus hermanos los santos Juan y Adulfo, Aurea vivía en Córdoba en el monasterio de Cuteclara haciendo santa y ejemplarísima vida, cuando se desencadenó la terrible persecución de que al principio hemos hablado. El juez encargado de instruir las causas contra los cristianos era pariente del padre de Aurea y presentándose ante la doncella exhortola a dejar su religión y a seguir la del Profeta, amenazándola en caso contrario con el suplicio; la santa virgen en un momento de flaqueza, bien disculpable en tan tierna edad, prometió a su pariente seguir sus consejos. No se atrevió la pobre religiosa a volver a su convento y así dice San Eulogio «que se recogió

en su casa donde comía pan de dolor y mezclaba con tiernas lágrimas su bebida» pidiendo a Dios frecuentamente la deparase ocasión de desmentir sus palabras aún a costa de su existencia. Poco se hizo esperar esta ocasión, pues algunos moros dieron parte al Juez de que Aurea no había hecho mudanza alguna en su ley y llamada la joven a presencia de su pariente, hablole así con sobrehumana fortaleza: «Yo confieso que te engañé los días pasados diciendo que haría lo que me pedías porque nunca me pasó por el pensamiento el hacerlo, ni dejar la verdadera Ley en que me crié; pues tengo por imposible que quién la hubiese conocido la pueda dejar y más por la de Mahoma tan llena de disparates; y para no volver a engañarte digo, que soy cristiana, he sido y lo seré toda mi vida sin que de esto me puedan apartar tus amenazas por terribles que sean, ni la ejecución de ellas.» Quedó atónito el Juez con la resolución de la santa y mandó ponerla en la cárcel hasta dar noticia de todo al rey, que lo era entonces Mohamet hijo de Abderramán. Aurea fué condenada a muerte y al día siguiente cumpliose la sentencia: su delicado cuerpo fué

colgado de un palo en que acababan de ahorcar a un homicida y luego arrojado al Guadalquivir; la corriente impetuosa del río le arrastró sepultándole en sus profundidades, mientras el Angel de la muerte llevaba su alma triunfante y luminosa hasta el trono de Dios. La Iglesia colocó más tarde a la heroica virgen sevillana en el glorioso número de los mártires.

Dios castigó con su inexorable justicia al poderoso Abderramán: cuenta la crónica, que en cierta ocasión mandó quemar los cadáveres de varios cristianos puestos en unos palos a orillas del Guadalquivir, para gozarse en tan cruel espectáculo desde las ventanas de su alcázar, pero acometido de un accidente murió antes que el fuego acabase de consumir los sagrados restos.

Santa Flora

Flora en el nombre, bella cual las flores,
más pura que la cándida azucena,
su asombroso valor de espanto llena
a los de Cristo fieros detractores.

No consiguen halagos ni rigores
un punto quebrantar su fe serena
hasta que rinde en la sangrienta arena
su vida, del tormento en los dolores.

De la doncella el cuerpo inmaculado,
después de sucumbir gloriosamente,
en ignorada tumba fué arrojado...

cruzó un ángel el éter transparente
y llevó, en luz divina transformado,
su espíritu ante el Dios Omnipotente.

Santa Flora

(SIGLO IX)

Al hablar de la santa virgen Aurea en estos breves apuntes biográficos, hemos indicado algunas de las causas que movieron la horrible persecución contra los mozárabes de Andalucía en los reinados de Abderramán II y su hijo Mohamet I.

En el apogeo de aquella edad creyente e impetuosa, habían de chocar con fuerza destructora dos religiones tan opuestas como la de Cristo y la de Mahoma, la primera todo pureza, penitencia y amor al prójimo; la segunda, sensual y refinada. Los cristianos con su rígido ascetismo y su exaltado fervor, no podían ver con buenos ojos la impureza de sus altivos dominadores y estos a su vez, miraban como a viles y despreciables esclavos aquellos hombres austeros, que tan poco caso hacían de los regalos del cuerpo y de las riquezas materiales: esta incompatibilidad de religiones y de costumbres determinó un rompimiento entre dominadores y

dominados en que éstos habían de llevar la peor parte.

No arredraban a los heroicos muzárabes los crueles suplicios de que eran víctimas, antes al contrario fueron tantos los que se apresuraron a derramar su sangre por la fe de sus antepasados, que el califa Abderramán vió con asombro el menosprecio en que eran tenidas sus persecuciones y para poner dique al desbordamiento del fervor de los cristianos, se dió el caso, nunca visto en la Historia, de un concilio de Obispos congregado por un califa musulmán. Presidió este concilio, celebrado el año 852, el metropolitano de Sevilla Recafredo, y en él se acordaron los medios de poner coto a los martirios voluntarios, no considerando como mártires a los que buscasen o provocasen los suplicios. El ilustre y vehemente S. Eulogio protestó contra esto que calificó de censurable debilidad y ya con sus escritos, ya con su fogosa palabra, siguió alentado a los cristianos y siendo verdadero apóstol y firme sostén de la perseguida iglesia de Cristo.

Nació en Sevilla la noble Flora cuando el furor musulmán segaba las vidas de los fieles, y bien puede decirse de ella que fué una

flor celestial en el escogido campo de la Iglesia. Esta heroica joven como otras muchas de su sexo y condición que ofrendaron sus vidas inmaculadas en el altar de sus creencias, distinguióse en aquella época gloriosa y sangrienta, por la inquebrantable entereza de su ánimo, valor que excedía a las humanas fuerzas y más si se tiene en cuenta la delicadeza femenil y tierna edad de la santa doncella. Cuentan que era de hermosura extraordinaria, pero que la belleza de su alma superaba en mucho a los corporales atractivos; y sin embargo, a pesar de todas estas ventajas con que Dios la había enriquecido, hacía una vida penitente y retirada cuidando y asistiendo a sus hermanos en Cristo cuando las persecuciones de los sarracenos arreciaban con furor sobre ellos. Deseando observar su ley con mayor perfección ausentose de su casa, pero temiendo que por su fuga pudieran ser perseguidos los fieles, volvió e hizo una pública confesión de su fe. Tenía Flora un hermano sectario de Mahoma que intentó disuadirla por cuantos medios pudo que renunciase su religión y no pudiendo conseguirlo enfurecióse y llevó a la joven ante el Tribunal, donde con

inaudito valor declaró ser cristiana y estar dispuesta a morir por defender las verdades de la religión que profesaba. Entonces el Juez mandó que la diesen crueles golpes en la cabeza y mientras la sangre manchaba el puro armiño de su cuello virginal, la santa niña, con la dulce mirada vuelta hacia el cielo, rogaba como su Divino Maestro por aquellos que la atormentaban. Después de este suplicio, entregola el juez a su hermano que la llevó a su casa curándole las heridas, pero una vez convaleciente huyó en compañía de otra santa doncella amiga suya llamada María y ambas presentándose ante el musulmán confesaron con valor a Jesucristo. Fueron las dos santas jovenes puestas en estrecha y durísima prisión donde eran confortadas con los consejos del sapientísimo y fervoroso San Eulogio, que escribió en esta ocasión su admirable libro «Enseñanza para el martirio.» Sentenciadas a muerte Flora y María, entregaron sus cuellos al hacha del verdugo sin que un momento decayese su valor; teniendo lugar su glorioso tránsito el día 23 de Noviembre del año 851 uno próximamente antes de que fuese llamado al Tribunal de Dios su fiero perseguidor Abderramán II.

Brunilde

En funesta ocasión miró el rey godo
de Brunilde la espléndida belleza,
pues por saciar su amor y su impureza
sin respeto y sin fe, mancilla todo.

El ultraje inferido, de tal modo
contra el monarca incita a la nobleza,
que jura arrebatar vida y realeza
a quien su limpio honor mancha de lodo.

A un festín los magnates invitados,
en palacio una noche congregados,
el ofendido noble brindar quiere

y con la sangre de su infiel esposa
llena la copa hasta que al fin rebosa
y el príncipe, a sus manos, también muere.

Brunilde

(SIGLO VI)

Pocos vestigios quedan en nuestra ciudad del paso de los godos por ella. La brillante civilización árabe, que durante tantos siglos se enseñoreó del mediodía de España, destruyó los sedimentos de aquella dominación efímera, y si hubo en Sevilla templos, palacios y otros edificios, apenas si nos recuerda tan remota época, algún capitel visigodo o alguna inscripción que los sabios nos traducen.

En esta parte de España menos que en ninguna otra, quedan restos arquitectónicos ni étnicos de la raza goda: verdad es que fué un tiempo demasiado breve el de su dominación para echar hondas raigambres, y un pueblo antitético al latino para poder identificarse con él: ese cambio los árabes, de imaginación exhuberante y ensoñadora, de costumbres más refinadas, que alcanzaron más elevadas concepciones en el arte y en

la filosofía, dejaron al pueblo español algo que fué como savia misteriosa, que en movimiento ascendente dió vida a una brillante civilización.

Al presentar las mujeres sevillanas de las distintas épocas, que sobresalieron por santidad, virtud, saber o alguna otra circunstancia digna de tenerse en cuenta, hallé en todos los tiempos, ya cercanos. ya remotos, nobles figuras femeniles rigurosamente historicas, cuyos méritos tuvieron, en verdad más brillantes narradores; pero durante el imperio de los godos, sólo encontró una. Envuélvela en sangre la tragedia y se pierde su sombra impura y misteriosa entre las densas tinieblas de una edad en que todo se nos muestra indefinido. No busquemos en en esta época las dulces poetisas que componían tiernas kasidas, ni las nobles doncellas, o santas matronas que sonreían en el martirio y ejercían todas las virtudes. La mujer entre los godos debió tener muy bajo nivel intelectual, cuando su influencia no se dejó sentir en ningún acto importante como ocurrió en otros pueblos.

La tradición, recogida por un poeta inspirado y genial, D. Manuel Cano y Cueto,

cuya muerte lloran los amantes de las bellas letras, la tradición repito, nos habla de Brunilde, única mujer notable de la Sevilla visigoda. Lo que aquel egregio poeta dijo en buen verso, yo diré en mala prosa, transcribiendo además el testimonio de varios historiadores que pueden dar verosimilitud al hecho.

A mediados del siglo VI fué elegido rey Teudiselo a la muerte de Teudis, y todos esperaban del nuevo monarca, acciones nobles y elevadas por el valor de que había dado muestras en el anterior reinado, y además mereció ser puesto en el trono por su noble linaje, pues era sobrino de Totila rey de los ostrogodos; pero bien pronto las esperanzas del pueblo y de los grandes señores quedaron defraudadas, por la perversidad del nuevo rey.

El noble Liuva, que habitaba en Sevilla, tenía una mujer bellísima llamada Brunilde; llegó a ser vista por Teudiselo, quien enamorado locamente de ella, mandó arrebatarla de casa de su marido y conducirla a su palacio, donde la infeliz mujer hubo de rendirse a los impuros amores del monarca.

No podian sufrir los grandes señores ta-

maño ultraje, que así escarnecía sus timbres de gloria, y para acabar con el rey, formaron una conjuración, alentada y favorecida per el ofendido esposo. Teudiselo por su parte, tambien quería deshacerse de Liuva para quedar dueño absoluto de la hermosa Brunilde, y a este fin convidó a muchos principales señores a un festín en su palacio, dando orden de antemano, para que Liuva fuera asesinado. Estando el monarca y los nobles en la mesa, pide el ultrajado esposo permiso para brindar en la copa de oro del rey, con un vino de cosecha propia y saliendo del salón dirigese a la apartada estancia de Brunilde; ésta al ver a su marido tiembla de espanto y cae a sus pies. No conmueven al irritado magnante las lágrimas de la bella, su demanda de perdón, sus remordimientos, a desoyendo todo, hunde su puñal en el corazón de la infeliz y llena con su sangre hervorosa, la copa de oro del rey.

Tan horrible venganza no era cosa extraña entre los pueblos bárbaros. Brunequilda, Amalasunta, Rosmunda y otras más, sufrieron atroces suplicios, sin que respetaran su elevada gerarquía, ni su débil sexo. La virtuosísima Clotilde, mujer de Amalarico, envió

a su hermano el rey de Francia *un pañuelo empapado en la sangre de su cabeza,* a consecuencia de las heridas que la hiciera su esposo, por el solo delito de ser cristiana. Y cuando así trataban los godos a su mujeres fieles y virtuosas, ¿qué venganza no serían capaces de tomar de las adúlteras y desleales?

Volvió Liuva a la sala del festín y mostrando la copa llena del sangriento licor, se disponía apurarla. Apercíbese el rey, vislumbra la espantosa verdad y da orden a un sicario para que mate al noble; pero los conjurados a una señal convenida, arrojan los mantos, sacan las espadas y el mismo Liuva cercena de un tremendo tajo la cabeza del monarca.

He aquí lo que dice el P. Mariana, de Teudiselo en su Historia General de España. «Los principios de su reinado y las esperanzas que tenían por su valentía en las armas, en breve se escurecieron y trocaron por derramarse en deshonestidad. Muchos de los suyos, procurándolo él, fueron muertos de secreto: todo a propósito de tomalles sus mujeres para hartar su lujuria. Por esta causa fué de tal manera aborrecido del

pueblo y de los grandes que se conjuraron contra él y le mataron.» Y más adelante. «La muerte de este rey pasó de esta manera: en Sevilla acometieron los conjurados la casa real y al tiempo que yantaba le dieron la muerte. Reinó diez y ocho meses y trece días.»

D. Modesto Lafuente dice «Poco tiempo disfrutó el nuevo rey (Teudiselo) las delicias del trono; el desenfreno, con que se entregó a otros deleites le acarreó pronto la pérdida de la corona y de la vida. Su pasión por las mujeres no tenía límites, ni reparaba en los medios de saciarla, ni respetaba las mujeres de los más principales del reino. Deseaban estos ocasión de vengar su infamia y proporcionósela un banquete a que el mismo rey los convidó en Sevilla: en lo más animado del festin los conjurados apagaron las luces y cosieron al rey a puñaladas.»

La narración, que, con el título «La copa de sangre» tan bellamente nos refiere el Sr. Cano y Cueto, tiene pues todas las probabilidades de ser verdad. Las tradiciones locales, raras veces se desmienten y pocos las ponen en duda, mientras que hay hechos históricos, creídos durante muchos siglos, que al fin demuestran las investigaciones que son totalmente falsos.

Santas Justa y Rufina

No más hermoso en el espacio brilla
el sol que viste de fulgor el cielo,
que de la fe cristiana el puro anhelo
en las Santas Patronas de Sevilla.

Su singular hazaña aún maravilla,
cuando al impulso de ferviente celo
de Salambó la efigie echan al suelo
pisando con valor su impura arcilla.

Ruge de odio y furor el pueblo impío,
y entre golpes, afrentas, vocerío,
llevan las dos hermanas al tirano;

dan por Cristo sus vidas generosas
y velan, desde entonces, cuidadosas
sobre su amante pueblo sevillano.

Santas Justa y Rufina

(SIGLO III)

¡Santas Justa y Rufina sosteniendo con sus manos angélicas la histórica Giralda...! He aquí bellamente unidas las más excelsas glorias de Sevilla en el orden religioso y arquitectónico. La torre que tiene por base pedestales romanos, por cuerpo de edificio una soberbia construcción árabe y por remate y fin símbolos cristianos, el maravilloso alminar orgullo de Sevilla, represéntanle sostenido por las santas doncellas Patronas de la ciudad, como simbolizando que, sin la intervención de lo alto, las civilizaciones caerían por tierra y serían aventadas al impulso demoledor de una renovación incesante.

La historia de Justa y Rufina es muy conocida de todos; no hay quien la ignore. Muchos autores se han ocupado de estas santas predilectas de Sevilla, los poetas han entonado en su loor sentidísimos versos, la musa popular dedicoles graciosas tonadas y

ante el recuerdo de las sublimes vendedoras de loza, la ola turbia y embravecida de la impiedad se detiene, como ante sus cuerpos vírgenes, el soberbio león de Numidia. Sin embargo, yo contaré como mejor pueda la vida de estas sevillanas, más ilustres que todas, aunque no entendieron del saber humano, ni descendieron de príncipes o magnates, ni fueron grandes en la tierra, pero a quienes el tesoro inefable de la fe viva hízoles subir por los sangrientos peldaños del martirio hasta la anhelada posesión de los eternos goces.

He aquí la historia de las dos santas hermanas, tal como la han contado diversos autores desde S. Isidoro hasta nuestros días. El Padre Quintana Dueñas y D. Pedro Ricaldone, presbítero salesiano, hanme suministrado los siguientes datos, que, unidos por mi pobre léxico, ofrezco al lector.

Declarada España provincia romana, hubo de sufrir bajo el dominio de la Señora del Orbe, no sólo las vejaciones de sus pretores ávidos de riquezas, sino los más crueles castigos contra los fieles servidores de Cristo. Vestía la púrpura el emperador Diocleciano, hombre de elevado talento y eximio gober-

nante, pero a pesar de tan buenas cualidades, decretó contra los cristianos una terrible persecución, bien fuera por influjo del espíritu de odio que contra ellos reinaba, o por excitación del césar Galerio, asociado suyo en el mando. Por aquella época, año 287 de nuestra Era, ocurrieron en Sevilla los sucesos que van a continuación.

Justa y Rufina eran dos santas doncellas cristianas, descendientes de noble familia, pero que por vicisitudes bien frecuentes en aquellos revueltos tiempos, habían descendido a una modesta posición: vivían, según fundadamente se cree, donde estuvo la puerta de Triana, y se dedicaban a la fabricación y venta de objetos de loza, industria que ha tenido en esta ciudad antiquísimo abolengo.

Las virtudes de las dos hermanas debieron ser siempre extraordinarias, sobre todo la caridad, que ejercieron según el espíritu de su Divino Maestro. San Isidoro hablando de Justa y Rufina, dice así: «Estas santas, de aquella su pequeña ganancia vistieron a Jesucristo en el pobre, recibiéronle en el peregrino, mantuviéronle en el hambriento y diéronle de beber en el que había sed.» Efecti-

vamente, tomando sólo lo necesario para el sostenimiento de su vida frugal, repartían el fruto de su modesta industria entre los perseguidos cristianos, que en cárceles espantosas gemían por el único delito de profesar una doctrina cuya pureza afrentaba a sus inicuos perseguidores.

Entre las falsas deidades a quienes rendían culto los gentiles, ocupaba un lugar preferente Venus Salambó o Salambona, cuyos ritos existieron desde muy antiguo entre los Asirios y Caldeos y tal vez desde Asia fueron llevados a Soma por Heliogábalo y por fin importados a España bajo el dominio del Imperio. En nuestra Península tuvo la diosa Venus varios templos y en la Bética existieron dos muy notables, uno en Sanlúcar de Barrameda y otra en Sanlúcar la Mayor, donde tenía un bosque sagrado; en Sevilla tuvo otro en el sitio que hoy ocupa la iglesia de Santa María Magdalena.

Los gentiles de esta ciudad celebraban la fiesta de Salambona el 1.° de Junio, paseando triunfalmente el ídolo por la población, con gran acompañamiento de gente, sobre todo mujeres, que, tocando diversos instrumentos, entonaban extrañas y misteriosas

canciones. El año 287 celebrábanse estos ritos con inusitada pompa y la diosa era conducida triunfalmente por aquel pueblo fanático y envilecido que deificaba los vicios y perseguía cruelmente la alboreante doctrina de pureza, amor y justicia. Marchaba lentamente la pagana procesión y al llegar a la modesta casita de Santa Justa y su hermana hicieron alto los conductores del bello ídolo de arcilla, invitando a las santas doncellas a unirse a la comitiva y a dar algunas monedas para contribuir a los sacrificios. Estaban las vírgenes cristianas a la puerta de su vivienda, después de haber cumplido sus deberes piadosos, cuidando su puesto de variada loza formado por mil objetos tan lindos como frágiles, cuando oyeron, llenas de santa indignación, lo que aquella gente proponíales, y con la sublime fortaleza que dan las buenas causas, hubieron de contestar que ellas sólo al Dios vivo adoraban y no a ídolos de piedra y madera. Indignados los paganos quebraron con furia todos los vasos de su hacienda, viniendo a tierra la efigie de Salambona. No sentían las dos hermanas la pérdida de su caudal; lo que llenaba sus corazones de dolor era la ofensa hecha a Dios, y así, con vale-

roso ardimiento, tomando la estatua la golpearon hasta hacerla pedazos: lo que siguió a tan heroico momento sería indiscriptible.... Aquellos frenéticos adoradores de dioses, que no enseñaban virtud ninguna, hubieron de lanzarse hacia las indefensas jóvenes y desahogaron su cólera maltratándolas furiosamente y entre denuestos impíos y gritos desenfrenados hubieron de llevarlas ante el Pretor, que lo era entonces Diogeniano, cruel ejecutor de los mandatos del César.

El gobernador interrogó a las invictas hermanas y ellas confesaron valerosamente a Cristo, por cuya declaración fueron encerradas en las horribles cárceles del Pretorio, edificio que estaba situado donde se levanta el que fué convento de la Santísima Trinidad, ocupado actualmente por la benéfica institución de P. P. Salesianos.

Los martirios que allí padecieron las santas Vírgenes, ponen terror en el ánimo más valeroso; todos los instrumentos de tortura, que la barbarie de aquellos tiempos sugería a los hombres, se emplearon en atormentar tan inocentes cuerpos, relicarios de dos almas purísimas; pero según piadosas tradiciones, el Dios de las misericordias y su

Santísima Madre descendieron a aquellos antros de dolor, y llenaron de resplandores la obscuridad y de consuelos inefables los corazones de las santas niñas. Los padecimientos sufridos y la humedad del lugar, quebrantaron las fuerzas de la gloriosa Justa, que confesando hasta el postrer momento la fe de Cristo, murió en brazos de su querida hermana el 17 de Julio del año 287. El santo Obispo Sabino parece ser que recogió el sagrado cadáver, dándole honrosa sepultura.

Para complacer al pueblo, ansioso de vengar el ultraje hecho a Salambona, determinó el cruel Diogeniano, que la joven Rufina fuera pasto de las fieras. Sevilla, como Mérida y otras ciudades notables bajo la dominación romana, tuvo su anfiteatro, que se supone estuvo en la Borceguinería, y allí fué conducida la doncella cristiana, y en medio de la arena esperó, con los brazos en cruz y la mirada en el cielo, que la fiera, más humana que los hombres, rompiera al fin la frágil ligadura que unía su espíritu a la tierra. Un arrogante león africano saltó a la arena, dirigiéndose hacia su presa; y cuando los espectadores, más sedientos de sangre que la fiera, pensaban recrearse en

el atroz espectáculo, vieron con espanto que el rey del desierto echado en tierra, lamía dulcemente las benditas plantas de la invicta mártir de Cristo.

Muchos, a vista de aquel prodigio, pidieron el perdón de la joven, pero el Gobernador demasiado interesado en que la religión de Cristo no triunfase, mandó llevar a Rufina al calabozo, donde la espada del verdugo puso fin a aquella vida sin mancha. 19 Julio 287.

. . . .

Aún existen en Sevilla las cárceles donde las santas Justa y Rufina padecieron el martirio, y allí se conserva un trozo de columna donde se supone ataron a las mártires para azotarlas; en esta piedra hay una cruz, que según piadosa tradición hicieron con las uñas, las bienaventuradas hermanas para tener siempre ante sus ojos el sagrado símbolo de la redención.

Dos joyas del arte pictórico se conservan en esta ciudad y perpetuan el recuerdo de sus gloriosas Patronas; un cuadro debido al luminoso pincel de Goya existente en la Sacristía de los Cálices de la Catedral, representa a las dos hermanas con un león a

sus pies y otro en el Museo Provincial en el que las santas sostienen la Giralda, obra éste del glorioso pintor de la Virgen; Murillo.

Sevilla eligió por sus Patronas a las bienaventuradas Justa y Rufina y las venera con sin igual amor y ellas sin duda velan desde lo alto por su ciudad querida.

Marcia

(HERMANA DEL EMPERADOR TRAJANO)

En los jardines de fragante aroma
de la dichosa Itálica esplendente,
era Marcia, la tierna adolescente,
como la flor que en la espesura asoma.

El gran Trajano la conduce a Roma
donde por sabia admira y por prudente;
de Augusta deja el título y ferviente
el más glorioso de cristiana toma.

Y como cisne de pureza suma
que no mancha el candor de su alba pluma
al cruzar por un piélago profundo,

Marcia a la cruz de Jesucristo asida,
por ella dió la generosa vida
y como santa la venera el mundo.

Marcia

(SIGLO II)

La ciudad de Itálica llegó al apogeo de su esplendor en los dos primeros siglos de nuestra Era, en que, según dicen historiadores y poetas, fué una deliciosa mansión de recreo de los más nobles patricios. Allí «rodaron de marfil y oro las cunas» de tantos insignes varones, en las letras, generales triunfadores y emperadores inmortales: allí la floreciente civilización romana acumuló las riquezas de su arte suntuoso, de su grandiosa arquitectura, de su magnificencia oriental y allí, aunque muy pocos autores lo confirman, nació la ilustra Marcia, hermana del gran Trajano tan célebre en la historia de Roma.

Crióse la joven Marcia en el palacio de su padre también de nombre Trajano y desde la más temprana edad dió a conocer las altas dotes de inteligencia que la adornaban, no menos que los dulces sentimientos de su corazón, cosa bien extraña en aquella época

entre los gentiles; trataba a sus esclavas con una suavidad y un amor desconocidos entre las nobles patricias, y vivía, no como las mujeres paganas, sino con un recato y honestidad, que hacían presagiar el fin dichoso a que estaba destinada.

Pasó Trajano a Roma, donde, a la muerte del anciano Nerva, el Senado le ofreció la púrpura imperial, que supo llevar con tanta gloria para España, y Marcia siguió a su hermano a la capital del imperio. Allí como en Itálica, no obstante su altísima jerarquía, la noble doncella mostróse siempre humilde, generosa y caritativa. Plinio el Joven hace grandes elogios de su candor y honestidad y pondera la paz con que vivía en unión de la noble Pompeya Plotina, esposa de su hermano. Ambas mostraron una modestia digna de la mayor admiración en personas de su linaje, pues ofreciéndoles a las dos el Senado el título de Augustas, en extremo glorioso, que se concedía a las hermanas y esposas de los emperadores, ellas lo rehusaron.

La protección que Marcia dispensó a los españoles fué grande y muchas debieron ser las obras buenas que en su país hizo, cuando cuentan los historiadores que en España la

erigieron varias estátuas, siendo notable un pedestal con inscripción que existió en Azuaga, en los confines de Andalucía y Extremadura.

Cuando Marcia se hallaba en Roma, ocupaba la silla de S. Pedro, el Pontífice San Clemente, el que instruyó a la joven en la doctrina de Cristo, que ella siguió fielmente, recibiendo el bautismo. Parece ser que al nombre de Marcia añadió el de Matidia, pues con ambos le designan los autores, siendo así que Trajano sólo tuvo una hermana, y después de su gloriosa conversión empezó a servir a la causa de Cristo, favoreciendo aunque ocultamente a los cristianos, que no se libraron de una cruel persecución en tiempo de Trajano.

Muerto el Emperador, Marcia retiróse de la corte y haciendo pública su fe, dedicábase al cuidado de los enfermos y prisioneros y a ejercer la caridad con los fieles. Acusada por ello ante el Emperador Antonino Pío, éste reprendió a la doncella por considerar deshonroso para su noble linaje seguir la religión de Cristo. Nada pudo vencer la entereza de la heróica Marcia, y despreciando la protección de Antonino, prefirió la muer-

te antes que renunciar a sus santas creencias. Tuvo lugar su martirio en Roma, hacia mediados del siglo II muriendo en unión de otros santos españoles.

El viajero que visita las ruínas de Itálica, situadas a pocos kilómetros de Sevilla, contempla con curiosidad los restos de su famoso anfiteatro; sin duda acudirán a su memoria las grandezas de la célebre colonia romana al evocar los versos de Rodrigo Caro, pero pocos dedicarán un piadoso recuerdo a la ilustre Marcia, que a pesar de ser hermana del emperador más poderoso de su época, holló las glorias humanas, inmolándose por el más grandioso ideal a que han aspirado los mortales; el Cristianismo.

FIN

ÍNDICE

Poetisas sevillanas del siglo XIX

Estevarena (Rafaela Mª de la Concepción)

nació el 10 de Enero de 1854. Pª del Salvador.

=

Esquivel (otra Mª) - publicó el poema Venus irritada. Sevilla. 1822

=

Feriola y Esquivel (otra Mª) - Poesías. Sevilla 1837. ¿Es la anterior?

=

Cristina Rodríguez de Quesada - La rosa blanca (leyenda 1890)

=


A. COBOS
MUJERES
CELEBRES
SEVILLA